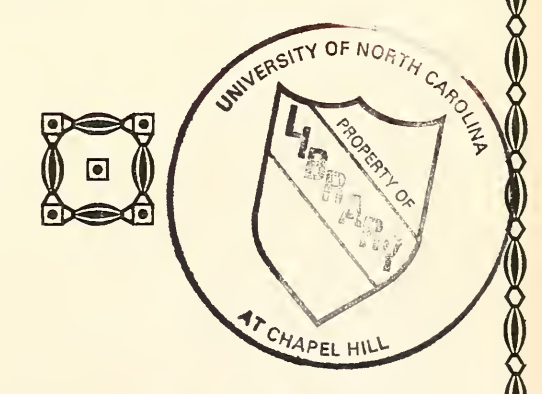
Manuel Carballeda

Tierra Muerta

COMEDIA DRAMATICA EN TRES ACTOS

ORIGINAL Y EN PROSA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24
1923

Tierra Muerta

TIERRA MUERTA

COMEDIA DRAMATICA EN TRES ACTOS

:-: :-: Y EN PROSA, :-: :-:

— ORIGINAL DE —

MANUEL CARBALLEDA

Estrenada en el Teatro Español de Madrid
la noche del 19 de Octubre de 1923.



MADRID
GRAFICAS RUBIMEDRA,
Calvario, 13
1923

A Fifi y Angeles Morano

con toda devoción.

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Genoveva	AMPÁRO F. VILLEGAS
Paulina	ANGELES MORANO
Jenara	DOLORES SANZ
Luciano	FRANCISCO MORANO
El Zorro	FERNANDO MONTENEGRO
Don Fadrique	ENRIQUE PONTE
Don Benigno	JOSE CAÑIZARES
Don Saturio	FRANCISCO CABRERA
Alfonso	MIGUEL ARENAS

La acción en un pueblo de Castilla. Epoca actual. Derecha e izquierda, las del actor.



Acto primero

Un amplio salón de un castillo. Muebles antiguos. Una mesa de tresillo. Cerca de ella un pequeño velador. En las paredes, armas antíguas y varios retratos de los antepasados del Conde de Monreal. Entre estos retratos se destaca el de Don Félix de Monreal y Avellaneda, y frente a éste, el Cardenal Don Leandro de Monreal y Avellaneda. Al fondo, amplio ventanal (Es de día.)

ESCENA PRIMERA

Jenara, Don Fadrique, Don Saturio y Don Benigno.

(Los tres caballeros están sentados alrededor de una mesa y jugando al tresillo. Se levanta el telón y entra Genara por la primera derecha. Trae una bandeja, y sobre ella una botella de Benedictino y varias copas. Deja la bandeja sobre un pequeño velador que hay adosado a la mesa de tresillo y hace mutis por la segunda derecha. Durante todo este tiempo Don Saturio barajó y repartió las cartas.)

ESCENA SEGUNDA

Dichos menos Jenara

FADRI. *(Despues de ver sus cartas.)* ¡Juego!

BENIG. Lo primero es lo primero. *(Se sirve una copa de licor y lo saborea.)* No hay duda. Estos reverendos son los amos.

SATUR. ¿Qué reverendos?

BENIG. Los fabricantes de este licor.

SATUR. Hombre, sí; tiene usted razón. Son los únicos frailes con que transijo.

FÁDRI. ¡He dicho que juego!

BENIG. Voy a ver *(Examina lentamente sus nueve cartas y dice):* Juego más.

FADRI. Bien.

BENIG. Voy a dar vuelta a ver. *(Levanta la primera carta de la baraja que quedó sobre la mesa.)* Espadas. Muy bien. No llevo ninguna.

FADRI. Castigo de Dios por avaricioso.

BENIG. Se equivoca usted. La vuelta es de ley. Voy por cuatro.

SATUR. ¿Interesan, Don Fadrique?

FADRI. Iré; a ver si le doy codillo. *(Hace su descarte y dice):* Tres quedan.

SATUR. Duermen.

BENIG. Que descansen. ¿Salgo?

FADRI. No, señor; salgo yo. Punto de copas.

BENIG. El rey.

SATUR. Tengo. Ahí va.

BENIG. Para usted.

FADRI. La sota.

BENIG. ¿Conque la sota, eh? Un triunfito y el médico que haga lo que quiera.

SATUR. Yo la dejo.

FADRI. Da igual. De puesta no se escapa.

BENIG. Ahora veremos: la espada, la mala, el basto y el rey de oros.

FADRI. Ahí le esperaba yo.

BENIG. ¡Es usted intolerable! En fin, me consolaré con el Benedictino *(Se sirve otra copa y la apura.)* ¿De cuánto es la puesta?

FADRI. De 155.

BENIG. ¡María Santísima! He caído en blando.

ESCENA TERCERA

Dichos y Jenara por segunda derecha

GENAR. Señor.

FADRI. ¿Qué quieres?

GENAR. Una visita.

FADRI. ¿Quién me busca?
GENAR. El tío Zorro.
SATUR. ¡Muchacha! No se dice el tío Zorro.
BENIG. Se llama el señor Sebastián.
GENAR. Como too el pueblo le llama el tío Zorro.
FADRI. El pueblo que le llame como quiera; tú, no. Dile que pase. (*Mutis por el mismo sitio.*)

ESCENA CUARTA

Dichos menos Jenara

SATUR. Se interrumpió la portida.
FADRI. Continuaremos después.
BENIG. Por mí... Si no se sigue me ahorro las tres pesetillas de la apuesta

ESCENA QUINTA

Dichos y el Zorro.

ZORRO (*Por la izquierda.*) Buenas tardes a todos.
FADRI. Bien venido, señor Sebastián. ¿Cómo usted por aquí?.
ZORRO Pues ¡velay! Que tenía que hablar con usté, de un asunto importante y aquí estoy.
FADRI. Siéntese usted, señor Sebastián... y expliquese.
ZORRO Con su permiso.
FADRI. ¿Quiere usted un cigarro?.
ZORRO Eso no se desprecia nunca. (*Don Fadrique le ofrece un pitillo.*) ¡Cómo! ¡De papel! Pensaba que decía usté un puro.
FADRI. También, sí señor. Ahí va. (*Le da un puro.*)
ZORRO El de papel lo guardaré pa luego. (*Se guarda el cigarrillo; enciende el puro y lo aspira a grandes chupadas.*) ¡Pchs! De los bue nos no es, pero se pué fumar.
SATUR. Se puede, sí señor. Nosotros al menos lo fumamos.

FADRI. Y sobre todo, que aunque no le resulte bueno, tampoco le resulta caro.

ZORRO (*Sonriendo ladinamente.*)) El señor Conde, siempre es el señor Conde.

FADRI. (*En el mismo tono.*) Y usted, siempre es usted.

ZORRO Mesmamente. Así es; bueno, pues vamos al asunto. Vengo a hablarles a ustés de Don Luciano.

Fadri. ¿De qué Don Luciano.?

ZÓRRO De cuál ha de ser, ¿señor.? Pues del amigo del señorito, de ese que acaba de venir de las Américas. Del hijo del tío Martín el Dulzaínero.

FADRI. ¡Ya! Siga usted.

ZORRO Ustés saben que nosotros semos hasta de hoy, los amos del pueblo; que aquí el señor Conde por el aquél de ser él señor Conde y que sus antepasaos mandaban en toa la comarca, y de ellos eran toas las tierras, pues todo el mundo lo respeta. Ustés saben que a mí tó el mundo me obedece, que por algo soy el primer hacendao y que tengo más yuntas que naide.

FADRI. Exacto.

ZÓRRO Ya se que muchos me critican y me llaman cacique y Zorro y hablan de mí tó lo que pueden, pero esto me tié sin cuidao. Porque... ¿por qué me critican, vamos a ver.? Pues porque si tengo un enemigo, le hago la vida imposible, y tié que irse del pueblo; porque si el gobernador me dice que tié que salir diputao Fulano, Fulano sale diputao por encima de la cabeza de tós, aunque tenga que meter en cárcel al mesmo alcalde ¡Bueno! Que me critiquen, que me llaman el Zorro, y que me arranquen el pellejo por detrás; que lo que es en mí cara no. En mi cara se callan toos y se quitan la gorra y me obedecen, y aquí no se hace más que lo que a mí me da la real gana, eso es. Pues esta es la cencia que tié uno y ná más.

SATUR. Muy cierto; todos los pueblos tienen un amo, y el amo de Monreal del Conde, es usted.

ZORRO Mismamente. Yo y el señor Conde somos los amos, pero ahora se nos ha presentado un peligro.

FADRI. ¿Y qué peligro es ese.?

ZORRO El peligro es... el tal Don Luciano que hace veinte se marcho a tierras de América, y que bien podia haberse quedao por allí pa toa la vida.

BENIG. ¿Pues qué hace Don Luciano.?

ZORRO ¿Que qué hace? ¿Pero es que ustés son tontos, u qué.?

SATUR. Hombre, tontos no creemos serlo, pero la verdad, no hemos visto peligro ninguno.

ZORRO Pues entonces sí que son ustés tontos.

BENIG. Muchas gracias.

ZORRO No hay de que darlas.

FADRI. Bueno, hable usted; sepamos de una vez, qué pasa...

ZORRO Pues pasa... que dice el tal Don Luciano que quié redinir al pueblo. Yo no sé a punto fijo, lo que significa eso de *redinir*, pero me dá mala espina... Too lo que yo no entiendo bien, me da mala espina siempre. Don Luciano, piensa comprar aquí muchas tierras, y les ha prometio a los trabajadores... el oro y el moro.

FADRI. Que ha prometido, dice usted...

ZORRO Na menos que partir con ellos las cosechas. Esto es una atrocidad, pero como esas gentes están en las últimas, pues ya los tién ustés soliviantaos. *(Pausa.)*

FADRI. ¿Y a nosotros qué nosimporta todo eso? Con su hacienda puede hacer cada uno lo que quiera.

ZORRO No señor, que no pué hacerlo, porque entonces, las haciendas de los otros peligran, que en cuanto que él cumpla eso que ofrece, ya tié usté a toos los trabajadores pidiéndonos a los demás lo mismo. Y no pué ser. Ustés saben que no pué ser.

SATUR.— ¿Y cómo se puede impedir.?

ZORRO Yo no sé. Así al pronto estuvo tentao de hacerlo meter en la cárcel, pero no conseguiriamos ná. Es hombre de posibles, y tendrá influencia porque toos los que tién dinero, tién influencias. Lo que yo he pensao, y esto me paece ol

mejor, es que aquí no encuentre un amigo, ni médico que le visite, ni boticario que le venda una píldora, ni hacendao que le venda una tierra, ni moza que le oiga: en fin hacerle la vida imposible, y que tenga otra vez que coger sus bártulos y marcharse. ¿Qué les paece a ustés.?

FADRI. Una infamia. En primer lugar porque es hijo de esta tierra. Después, porque si no lo fuese, deber de hospitalidad tendríamos para con él.

ZORRO El señor conde no ha pensao que esto que yo digo es pa defender a toos. Que ese hombre quié hacerse el amo de la comarca, y si le dejamos vivir tranquilo, como tié más dinero que nosotros, lo será.

FADRI Que lo sea en buen hora. Don Luciano tendrá abierta mi casa si alguna vez llega a su puerta. Si tierras mías quiere comprar y me conviene el trato, se las venderé. Si quiero ser su amigo, he de serlo; si quiero ser su enemigo, lo seré también, pero sin recurrir a ningún bajo procedimiento, porque a ellos puede apelar el señor Sebastián el Zorro, pero no el conde de Monreal.

ZORRO Siempre me saca usté a relucir las mesmas ideas rancias. Con eso de las hidalguías no se consigue más que los otros que siempre han sío ná, se hagan los amos de tóo.

FADRI. ¿Y de eso se queja usted? Pues si no fuera por eso, ¿cómo sería usted el amo de cosa alguna?

ZORRO Yo lo soy... porque llevo dentro la cencia de hacerme obedecer.

FADRI. No veo ningún peligro en todo lo que usted cuenta.

ZORRO Pues sí que lo hay.

FADRI. Será para usted. Todo eso es el odio que usted le tiene a Luciano; odio que viene de muy lejos.

ZORRO No es eso.

FADRI. ¿Por qué quiere usted engañarme? Enemigas a muerte han sido siempre las dos familias; todo el daño que pudo usted hacer al padre de Lu-

ciano se lo hizo, Y ahora piensa usted que si el hijo llega a tener arraigo en el pueblo se cobrará todas las cuentas atrasadas.

ZORRO Pué ser que haiga algo de eso; por si acaso yo no le dejaré que en este pueblo medre, aunque nos tengamos que jugar la vida. Pero esto no es más que un lao de la cuestión. El otro es de tóos, porque a tóos nos interesa... Yo digo que Don Luciano es enemigo de tóos nosotros. Enemigo de usté, señor conde, porque combate a la aristocracia: enemigo del señor cura, porque dice que la religión tié la culpa del atraso de España...

BENIG. ¿Eso dice?

FADRI. Que nos combata. ¿Lo hace cara a cara? ¿Lo hace en alta voz? Pues ya es nobleza y en el mismo tono hay que contestarle. Si nos combabate nos defenderemos cara a cara también, y usted defiéndase como quiera *(Pausa.)*

ZORRO *(Levantándose.)* Bien está; no podrán decir después que no les había advertido.

FADRI. Agradecemos la advertencia.

ZORRO Pues na más. Lo que sea, sea. Queden ustés con Dios.

FADRI. Vaya usted con él.

ZORRO Buenas tardes. *(Mutis por la derecha.)*

ESCENA SEXTA

Dichos menos el Zorro

SATUR. ¡Bien despachado va!

FADRI. No sé cómo se atreve a venir, porque siempre sale igual de esta casa.

BENIG. No comprende la diferencia de cuna que hay entre ustedes.

FADRI. No es diferencia de cuna. Pasaría por ella. Es diferencia de alma. Yo puedo llegar a ser un viejo hidalgo arruinado, pero hidalgo siempre. El no será otra cosa que un vil criado enrique-

cido con la hacienda ajena y convertido en amo de todos por la cobardía de todos. *(Se oye reir dentro.)*

ESCENA SEPTIMA

Dichos y Genoveva

(Genoveva entra por la izquierda riendo ruidosamente.)

FADRIR. Mi hija.

GENOVE. Tonto; tonto de la cabeza.

FADRI. ¿Quién, hija, quién? *(Genoveva sigue riendose.)*

GENOVE. Gustavo, mi primo.

FADRI. ¿Ha vuelto Gustavo? ¿Pero está aquí?

GENOVE. No; es que me había escrito una carta... como suya... já... já...

BENIG. ¡Pobre Gustavo! Es un buen muchacho.

GENOVE. Muy bueno; pero completamente imbécil,

FADIR. No le califiques así, mujer.

GENOVE. ¿Cómo le voy a calificar, papá? ¿No es preciso ser estúpido para pretender que yo le quiera?

BENIG. ¿Y porqué no? ¡Menudo partido? eres Nombre ilustre, educación esmerada, talento, hermosura...

GENOVE. No siga usted, Don Benigno, que me pongo colorada.

SATUR. Una mujer que posee tres idiomas, educada en Londres...

GENOVE. Pues eso era lo que más desconcertaba a mi primo, que, acostumbrada a otra vida, me avenga con ésta de Monreal.

FADRI. Y no le falta razón, muhacha.

GENOVE. Calla, papá, calla. Es un cursí. Pues no queía que tuvieramos para guardar el huerto un Lulú de Pomeránia, en lugar de un mastín.

FADRI. Sí, eso... realmente es una tontería pero has sido muy cruel con tú pobre primo.—Constantemente le herías en sus más íntimos sentimientos, *(Dirigiéndose a todos.)* ¿Pues no le propuso un día que trajera a su mejor caballo de carre-

ras, para labrar la huerta? ¡el Eureka XV.! Me parece un sacrilegio. El Eureka XV le lleva ganadas más de noventa mil pesetas.

GENOVE. En la vida ganaria él otro tanto.

FADRI. He ahí un caballo que puede mantener al amo.

GGVOVE. Además quería que en las fiestas de la plaza, los mozos tomáran té en lugar de vino en bota. *(Todos rien.)*

BENIG. Eso sí que es una locura. Yo me figuro que en la mansión de una duquesa, una bota de vino, es un insulto; pero aquí en la plaza, se presenta Gustavito con una tetera, y hay un motín. *(Todos rien.)*

GENOVE. Bueno, señor cura, dejemos a Gustavo con sus tes del Ritz, y hablemos de otra cosa. Vengo a pedir permiso a papá para costear la cera que se consuma en la procesión de esta tarde.

FADRI. Concedido, hija mía, y quiera Dios que se haga el milagro de que llueva pronto.

GENOVE. ¿A qué hora sale la rogativa?

BENIG. A las cinco. Ya falta poco.

GENOVE. ¡Bravísimo!

BENIG. La Vírgen del Milagro y San Pelegrín, Patrones de este pueblo, colmarán de bienes a esta casa.

SATUR. Así sea.

FADRI. ¿Y tu hermano ha vuelto?

GENOVE. Hace un rato que está en casa. Vino con Don Luciano porque ya sabes que almorzaron juntos. Don Luciano me saludó al entrar. Es muy atento. Le dije que estabas jugando tu partida de tresillo y no permitió que se te molestara. Alfonso le está enseñando el castillo. Ahí le tienes.



ESCEEA OCTAVA

Dichos; Alfonso, Luciano

ALFON. *(Estos llegan por la izquierda.)* Buenas tardes a todos. Papá, te pido permiso para presentarte a un amigo.

FADRI. Con mucho gusto.

ALFON. Luciano Campos, a quien debes recordar.

LUCIA. Tal vez el señor Conde no me recuerda. Hace muchos años que falto de aquí.

FADRI. Le recuerdo perfectamente, señor Campos. Su padre el tio Martín el Dulzainero llegó a ser un buen amigo mío. Algunas veces lo encontraba en los caminos, él de marcha a otros pueblos, para tocar en las fiestas, y yo de caza; fumabamos juntos un cigarro... De usted también recuerdo.

LUCIA. El señor conde tiene excelente memoria. Y usted, señor cura, ¿cómo le va?

BENIG. Perfectamente, Don Luciano.

LUCIA. Y Don Saturio tan bueno, ¿no es eso?

SATUR. Así es, ciertamente.

GENOVE. Yo, con permiso de ustedes me retiro. Quiero arreglarme un poco para ir a la procesión.

FAERI. Hasta luego, hijita. *(Saluda levemente con la cabeza y hace mutis por la izquierda.)*

ESCENA NOVENA

Dichos menos Genoveva

FADRI. Sientése usted, señor Campos.

LUCIA. *(Por los retratos.)* ¿De la familia, verdad.?

FADRI. Sí señor. Aún hay otros en la biblioteca. ¿No los ha visto usted.?

ALFON. No hemos entrado.

FADRI. Están desde el primer conde de Monreal, señor de la villa y de la comarca, hasta el mío, que ya

no soy señor de nada. ¡Cambia mucho el mundo!

LUCIA. Mucho; es verdad.

FADRI. Este mismo retrato *(Señalando a uno)* es de don Félix de Monreal y Avellaneda, Conde de Monreal, señor de las villas de Ahumada, Montesanto, Alameda del Rey y Castrorrubio. Una inmensa comarca le reconocía por señor y dueño. Este otro es el Cardenal Don Leandro de Monreal y Avellaneda, confesor de príncipes. Da mucha pena tener un abolengo tan ilustre y poderoso, para ver después cómo la obra demoledora de los tiempos lo arrasa todo.

LUCIA. De ustedes es la culpa, don Fadrique. Los tiempos son otros. Está ya muy lejana la época de la espada y de la crnz. Hoy se batalla con elementos distintos. Es el comercio, es la industria, son las máquinas las que pelean y triunfan.

SATU. Ha cambiado mucho la vida; pero Castilla es la misma de siglos atrás, señor Campos.

LUCIA. Muy cierto. La misma. El tiempo pasa por ella sin conmoverla y sin modificarla. Es esta la vieja tierra que sufre, que duerme y que reza. Si ustedes supieran qué triste impresión la mía al llegar a este pueblo. Venía yo de los países fuertes que trabajan y triunfan, y, al llegar aquí, he visto los campos abrasados por la sequía, y a los hombres, esperando pacientes que el remedio venga de las nubes del cielo. Por eso esta tarde sacan a la Virgen del Milagro para que ella pida al cielo la lluvia que falta.

BENIG. ¿Y qué han de hacer? Rogar, y, si a pesar de ello el cielo nos niega el agua, hay que tener conformidad.

LUCIA. ¡Conformidad! ¡Cierto! Conformidad para esperarlo todo del cielo.

ALFON. Mi amigo Luciano está indignado con lo que ha visto aquí..

LUCIA. Indignado no es la palabra; dolorido, al presenciar la miseria gustosa que viven estas gentes; la paciencia inconcebible con que soportan su dolor y su hambre.

FADRI. No es posible remediar eso.

LUCIA. Sí es posible. Lo que tal vez no lo sea, es sacudir la modorra de los hombres.

SATU. No son iguales todos los países, Don Luciano, ni se puede vivir en todos de la misma manera.

LUCIA. No lo sé. Lo que veo es que Monreal del Conde es una ruina. Aquí la tradición es el culto supremo; se dice la vieja Castilla con orgullo; se habla del viejo hidalgo y de las viejas epopeyas y de las viejas glorias nacionales, como si el pueblo español hubiese de saciar el hambre con páginas de nuestra historia gloriosa. Y eso, no; eso, no; hay que renovarse, porque lo viejo se derrumba.

FADRI. Cierto es todo, por desgracia.

LUCIA. Ya sé que no debía hablar así. Le ruego a usted que me perdone.

FADRI. Al contrario, señor Campos, soy partidario de la franqueza.

LUCIA. Sufrí una dolorosa impresión cuando llegué al pueblo. Es el mismo de mi niñez. Es decir, el mismo, no; parecen más estrechas sus calles, como si el dolor las oprimiese; más pequeñas sus casas, como si los años las arrugaran; más de color de adobe todo él, como si la vejez hubiera marchitado los colores.

BENIG. Tal vez sea así. Nosotros, los que nunca hemos salido de aquí, no podemos apreciarlo de ese modo.

LUCIA. Lo comprendo. Yo traigo el alma llena de sensaciones fuertes y me ha sorprendido el ver que aquí la sensación no existe. Se vive de rutina.

BENIG. Y así vivimos felices.

LUCIA. ¿Sinceramente cree usted eso, señor cura? Felices unos cuantos, muy pocos. Todos los demás, en rudo trabajo y plena miseria pasan su vida.

BENIG. Están acostumbrados y no echan de menos otras cosas.

LUCIA. Acostumbrados, conformes. Pero cada vez sufren más. El pueblo da de lejos sensación de sufrimiento.

FADRI. ¿Desde lejos?

LUCIA. ¿No lo han observado ustedes? Al verle desde el alto de los Tomillares produce la sensación de que sufre. En una montaña se ve este castillo medio en ruinas, como todos los castillos de España, que parecen desmoronarse al peso de su propia historia; y al pie de esta montaña se ve la iglesia, una vieja iglesia de torre cuadrada y roma, como todas las torres de todas las iglesias de Castilla; y entre el castillo, que simboliza una guerrera tradición ya muerta, y la iglesia, que representa el fanatismo de las pasadas edades, se halla el pueblo oprimido, aprisionado, estrujadas todas las casas en un estrecho haz. Les digo a ustedes que al mirarlo de lejos parece que se ahoga.

SATU. Es usted un hombre de gran fantasía.

ALFON. Lo mismo hubiese dicho yo de no haber subido con él al alto de los Tomillares. Luciano me obligó a subir... y confieso a ustedes que he sentido al verme arriba el mismo efecto.

FADRI. Exagera usted mucho, señor Campos, y contagia a mi hijo.

LUCIA. No, señor Conde. Un país que es lo mismo siempre, no tiene aliento para trabajar ni para vivir. Y éste es el mismo de cuando yo marché; en un callejón sin salida he visto una casucha destartalada, sin cristales en las ventanas y con enormes goteras en el techo: es la escuela. La misma escuela de mis tiempos, los mismos bancos cada vez más cojos, los mismos mapas cada vez más viejos. Nadie es capaz de decir qué países se representan en ellos. Hasta el maestro es el mismo, el pobre Don Urbano, más viejo también, claro, más seco, más arrugado, como si toda la pesadumbre de esta vida muerta hubiese ido haciendo de él su símbolo. Y allá afuera, el campo, el árido campo de Castilla. Tierras y tierras, y más tierras, todas igual. Tierras pobres que piden labor de todos los días, y agua, mucha agua, que los hombres no saben darles y que el cielo les niega muchas ve-

ces. Como estos hombres no saben el valor de las máquinas que labran los campos, no las poseen. Como no conocen el valor de los bosques que regulan las lluvias, los talaron. Y cuando no llueve, imploran al cielo y sacan en procesión a los santos, mientras a pocos kilómetros de aquí el agua generosa, el agua salvadora se despeña por las vertientes y se pierde en los valles sin que nadie la encauce y nadiela detenga. Esta es Castilla.

ALFON. Luciano abriga grandes proyectos, papá, y quisiera asociarte a ellos. Me ha estado hablando de cosas sorprendentes, verás. Ha recorrido conmigo el vedado de Campastros y desearía verlo convertido en un campo fecundo. Dice que es un dolor tantas fanegas de tierra cubiertas por retamas.

FADRI. No. De ese vedado no podemos ni hablar, Don Luciano. Es sagrado para mí. Hasta Felipe III cazó una vez entre esos jarales. Sería un sacrilegio que en esa tierra histórica entrase la reja del arado.

BENIG. Pero un verdadero sacrilegio. Las crónicas de Monreal cuentan que en esos campos se han dicho muchas misas de campaña antes de marchar a la pelea las huestes de los Condes.

LUCIA. Volvemos al pasado y no es posible entendernos así. Veinte años hace que marché a América y de allí vengo con fortuna y con entusiasmos. Me trae el amor a las cosas que me vieron nacer. Al llegar he sentido el dolor de esta tierra muerta y de este pueblo inculto. Quiero emprender la obra de educar al pueblo y de fecundar la tierra. Ayúdeme usted, señor Conde.

FADRI, Mi ayuda, la que yo pueda prestarle es tan pequeña, que no ha de serle útil.

LUCIA. En primer lugar, quisiera que me vendiese usted el coto. Ese terreno inmenso no es útil a nadie; ni siquiera puede servir para calmar el hambre de algún desgraciado, porque para evitar que ese desgraciado pueda cazar en él alguna liebre, paga usted el jornal a seis guardas. Yo lo haría productivo.

FADRI. Imposible; no hablemos de eso.

ALFON. Bueno, papá; puesto que del coto no quieres que se hable, ocupémonos del prado. Luciano quiere comprarlo porque su proyecto es aprovechar las aguas del río para regar todo el resto del término municipal.

BENIG. ¡Pero eso es imposible! El prado está más alto que las otras tierras.

LUCIA. Se elevan las aguas. Tengo un gran proyecto, señor Cura. Acabo de comprar el Soto Alto, y en él pienso que se construya en inmenso estanque.

FADRI. No es mal proyecto.

LUCIA. Le aseguro a usted, señor Conde, que de un medio u otro lograré llenar el embalse del Soto. Desde allí el agua se repartirá bienhechora por una red de acequias, a través de todas las tierras de Monreal.

FADRI. Bien Le ayudaré. Sin venderle las tierras del Prado, disponga de ellas como guste.

ESCENA DÉCIMA

Dichas y Genoveva

GENOVE. Ya estoy arreglada, papá; voy a casa de Don Saturio a ver la procesión con sus hijas.

FADRI. Bien.

BENIG. Con las glorias se van las memorias; es la hora de la procesión y yo aquí tan tranquilo.

SATU, Vámonos, señor Cura; vamos, Genoveva.

GENOVE. Hasta luego.

BENÍG. Hasta otro rato, señor Campos. Nosotros hasta luego, señor Conde.

SATU. Yo no me despido; en un pueblo es una cosa absurda; nos vemos cada minuto *(Mutis Benigno, Saturio y Genoveva por la derecha.)*



ESCENA DECIMA PRIMERA

Luciano, Fadrique y Alfonso

FADRI. ¿Usted no tendrá interés en ir a la procesión?.

LUCIA. Ninguno.

FADRI. Además que la procesión se ve desde aquí.

LUCIA. Y que ya sé el resultado. Va a llover muy pronto, señor Conde. Lo prometen desde ayer las nubes.

FADRI. Es cierto lo que me han dicho?

LUCIA. ¿Qué le han dicho?

FADRI. Que en el Casino manifestó usted que el señor Cura antes de fijar la fecha de la rogativa había consultado el «Zaragozano» y escrito al Vicario de Zarauz.

LUCIA. No dije eso. Esas fueron palabras del Secretario del Juzgado.

FADRI. Pues se las atribuyen a usted.

LUCIA. No lo extraño. Sé que voy teniendo enemigos, yo que quiero ser amigo de todos.

FADRI. De algún enemigo de cuidado ya le prevendré yo. Y ahora hablemos de esos proyectos.

ALFON. ¿Vais a poneros de acuerdo? Os dejo entonces.

FADRI. ¿Dónde vas?

ALFON. A la procesión también.

FADRI. Espera. ¿Recuerdas dónde están aquellos planos de la línea férrea?

ALFON. En la biblioteca. No sé en qué estante, pero estoy seguro de que los pusiste allí.

FADRI. Los buscaré ahora.

LUCIA. ¿Quiere decir a una criada que me traiga un vaso de agua?

FADRI. Un refresco será mejor. ¿No?

LUCIA. Como usted quiera.

FADRI. Avisa al salir, Alfonso.

ALFON. Volveré pronto.

FADRI. El señor Campos comerá hoy con nosotros.

LUCIA. Es un honor para mí, señor Conde.

ALFON. Hasta luego, pues. *(Mutis por la derecha.)*

ESCENA DECIMA SEGUNDA

Luciano, Fadrique

FADRI. Tengo interés en asociarme a esos proyectos, porque como han querido hacerme enemigo de usted, quiero contestar bien claramente. Yo también tuve grandes ideas. Una de ellas fué la construcción de una línea férrea que nos pusiera en comunicación con el mundo.

LUCIA. ¡Bien!

FADRI. Pero mis ideas quedaron en unos planos. Tengo interés extraordinario en que usted los vea; ¿me permite usted que los busque?

LUCIA. No faltaba más.

FADRI. Tal vez ellos nos puedan ser útiles ahora. Mientras, fume o lea; ahí tiene usted cigarros. En seguida vuelvo. *(Vase.)*

ESCENA DÉCIMA TERCERA

Luciano y Paulina

(Entra Paulina con el servicio del refresco.)

PAUL. Con permiso. ¿Es para usted el refresco? *(Al oirla Luciano levanta la cabeza y mira fijamente a Paulina.)*

LUCIA. Sí; déjalo aquí. *(Paulina deja el servicio sobre la mesa, mientras Luciano sigue mirando fijamente.)*

PAUL. ¿Desea usted algo más?

LUCIA. Nada más. *(Paulina marca medio mutis hacia el foro.)* Digo, sí. Espera. *(Paulina vuelve.)*

PAUL. ¿Qué deseaba usted?

LUCIA. Deseaba.. no sé... Me ha sorprendido mucho. Es usted muy joven; no he podido conocerla, y sin embargo, la conozco.

PAUL. Yo a usted no; no le he visto en mi vida.

LUCIA. ¿Y tampoco sabe usted quién soy?

PAUL. Eso sí. Es usted el hijo del tío Martín el Dulzainero; eso lo sabe todo el pueblo.

LUCIA. Cierto; todo el pueblo lo sabe.

PAUL. Usted se marchó a Buenos Aires.

LUCIA. Al Brasil.

PAUL. No sé. He oído siempre que a Buenos Aires.

LUCIA. Sí; no es extraño. La geografía de las gentes de Castilla es muy limitada.

PAUL. Y allí se hizo usted millonario como todos los que van.

LUCIA. Millonario, no. Y como todos los que van, menos.

PAUL. Bueno, eso será que usted no lo quiere decir. Cuando volvió el hijo de la tía Nicanora, la del tío Espantalobos, pues también dijo que no traía más que cuatro cuartos. ¡Sí, sí, cuatro cuartos! Y luego principió a comprar y no acababa; la huerta del tío Román el Chato, los majuelos de la tía Romualda, la dehesa del tío Sujetaliebres, el molino, la casa, ¡qué sé yo! ¿Y usted cree que tóo eso se compra con cuatro cuartos? ¡Amos, que no.! Que aquí en el pueblo no habremos viajao, ni visto de mundo, pero que sabemos lo que cuesta un majuelo, eso sí, señor Luciano.

LUCIA. No me llames señor Luciano

PAUL. ¡Anda!... ¿Y por qué no.?

LUCIA. Porque... en mi alma te llevo desde hace veinaños. ¿Te parece raro, verdad? Pues no me creas loco, Paulina... ¿No te llamas Paulina?

PAUL. Paulina me llamo.

LUCIA. No podías llamarte de otro modo. ¡Paulina! Fíjate. *(Saca su cartera, y de ella una fotografía. Paulina mira asombrada la cartulina.)*

PAUL. ¡Mi retrato!... No puede ser... Soy yo, sí. Esta soy yo. Pero no puede ser .. Yo no me he retratao más que de chica en la escuela con todas las otras; después, cuando la primera comunión; y de mocita ya, en las fiestas de San Pelegrín, que vino un retratista. Este retrato no es mío... pero... ¡pero esta soy yo!

LUCIA. ¿Qué importa que no sea tuyo el retrato, si esta eres tú? Siempre lo llevé sobre mi alma, porque esta mujer ha sido el primero, el único cariño de mi vida.

PAUL. Ya sé quién es. Es mi madre. Me lo dijo un día el tío Martín el Dulzainero.

LUCIA. ¿Qué te dijo mi padre?

PAUL. Era muy chica todavía. El tío Martín tocaba en la plaza para que bailaran los mozos y yo me sentaba siempre a su lado porque me sabía a gloria la música de la dulzaina. Muchas veces me acariciaba diciéndome que me quería mucho. Hasta que un día le pregunté yo. ¿Y por qué me quiere usted tanto, *agüelo*.? Y él fué, y me dijo: ¿Has dicho *agüelo*, pequeña? Pues por eso, por eso mesmo te quiero, porque tú íbas pa nieta mía. No lo entendí entonces, pero no lo olvidé. Hasta que los años me lo han ido explicando tóo y las gentes me han dicho que usted tuvo amores con mi madre.

LUCIA. Sí; los primeros amores suyos, para mí fueron; los primeros y únicos míos, fueron para ella. Diez y ocho años tenía tu madre cuando yo marché... y como tú era ella, tan igual a tí, que estos veinte de mi ausencia, me parece que no han pasado, que todo fué un sueño y que al despertar me veo en el mismo pueblo, en el mismo sitio y con la misma mujer de mi cariño.

PAUL. Mi madre se casó. Nací yo; tiempo después estuvo muy enferma. Me acuerdo como sí la estuviera viendo, muy blanca, muy delgada; parecía muerta; sólo los ojos le brillaban mucho. Y murió. El señor Conde me recogió y aquí me protegen y me amparan. (*Pausa.*) Era yo muy pequeña, pero me acuerdo de ella... como se acuerda usted. Es de ella, de quien se acuerda usted.

LUCIA. Es de tí, Paulina. La terrible verdad ha pasado por la vida, pero no ha podido pasar por mí ensueño. Tú la viste enferma, tú la viste muerta. Yo no. Yo la dejé llena de juventud, de vida. Y así la veo. ¡Mentira que muriese! Eres tú, Paulina; el mismo brillo en tus ojos, la misma alegría en tu cara, la misma sonrisa en tu boca. Mi Paulina, eres tú. (*Se oye un ruidoso volteo de campanas.*)

PAUL. ¡La procesión! (*Corre al foro y abre las hojas de la cristalada.*)

ESCENA DECIMA CUARTA

Dichos y Don Fadrique

FADRI. ¿Qué haces ahí, muchacha?

PAUL. Que sale la procesión, señor. ¿No oye las campanas? (*Luciano y Don Fadrique se acercan tambien al ventanal. Sigue el repique de campanas hasta cuando se indique. Cuídese el efecto de que son únicamente cuatro los tonos de las mismas, por ser cuatro únicas las campanas. Se oye también murmullo lejano de gente.*)

FADRI. ¡Que los cielos hagan el milagro de que revivan los trigos!

LUCIA. ¡No ha pasado el tiempo! ¡Lo mismo! ¡Lo mismo! (*Se aproxima cada vez más la procesión; más sonora se oye la música.*)

VOZ (*Dentro.*) ¡Viva la Virgen del Milagro!

VOCES (*Dentro.*) ¡Vivaaaa!... (*Paulina se arrodilla, Don Fadrique dobla una rodilla en tierra, Luciano permanece de pie.*)

PAUL. ¡Santísima Virgen? ¡Salva los campos! (*La procesión pasa en este momento por el lugar más cerca del castillo. A partir de aquí las voces se van perdiendo.*) ¡Santa Madre de Dios! Haz un milagro!

LUCIA. (*Inclinándose hacia Paulina y en voz muy baja.*) Si yo creyese en los milagros le pediría a la Virgen que me quisieras tú.

PAUL. (*Riendo.*) ¡Pídalo a ver si le hace caso... (*Pausa larga. Luciano vacila un momento; está a punto de doblar la rodilla, pero se yergue, se recobra y dice*):

LUCIA. Los hombres no deben pedir nada al cielo. Deben conquistarlo todo por sí. (*Se levantan Paulina y Don Fadrique. Paulina, con ruidosa alegría, dice*):

PAUL. Señor Conde, llueve, llueve ¡Milagro! ¡Milagro, es milagro!

FADRI. ¡Llueve, sí, llueve! (*Súbitamente se oye más ruidoso el clamoreo. Más ruidosas las campanas, es la emoción más intensa de todo un pueblo ante el milagro; se oyen voces de ¡Milagro! y vivas a la Virgen.*)

LDCIA. ¡Es cierto! ¡Se salvarán los campos! ¡Bendita el agua que les trae la vida! (*La escena se ha ido obscureciendo por efecto de las nubes que cubrieron el cielo. De pronto un vivísimo relampagueo la ilumina un segundo; se oye un trueno formidable. El agua bienhechora se convierte en pedrisco asolador.*)

FADRI. No, no. Es piedra lo que cae. ¡Cierra el ventanal! (*Paulina no puede obedecer; ha caído de rodillas, llorando.*)

PAUL. ¡Dios mío! ¡Dios mío! (*Luciano cierra el ventanal. Las voces, las campanas, todo ha enmudecido súbitamente. Es un silencio de consternación. Sobre los cristales tabletea furioso el granizo; se suceden los relámpagos y los truenos.*)

FADRI. ¡Todo perdido! ¡El granizo arrasará todo! ¡Segará las espigas, desgranará las uvas en agraz! ¡La ruina y la misería para el pueblo!

PAUL. ¡Castigo de Dios, señor! ¡Castigo de Dios por algún gran pecado que habremos cometido.

LDCIA. Milagro de Dios la lluvia, no. Castigo de Dios el granizo, no. Dios es ajeno a todo ello. Hay que que poner la fe en el hombre, en su voluntad, en su esfuerzo. (*Y mientras Paulina, de rodillas, llora; mientras Don Fadrique de pie, junto al ventanal, interroga al cielo; mientras Luciano, dominando la escena, da la sensación del hombre fuerte que tiene fe en el hombre; mientras el granizo sigue golpeando los cristales y el relámpago brillando y sonando el trueno, cae lentamente el telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO



Acto seguudo

La misma decoración del acto primero

ESCENA PRIMERA

Don Fadrique y Alfonso

(*Al levantarse el telón está en escena sólo Don Fadrique sentado; lee un periódico. Entra Alfonso por la segunda derecha.*)

ALFO. Aquí me tienes.

FADRI. ¿Viste a ese hombre?

ALFO. En el casino estaba. Le dí tu recado y me prometió venir dentro de poco.

FADRI. ¿No le habrás hecho indicación ninguna.

ALFO. Claro está que no. Ahora que él se ha supuesto lo que ha querido. (*Gesto interrogativo en Fadrique.*) No me lo ha dicho; pero yo he adivinado que cree a estas horas ganada la partida y a vosotros prontos a aliaros con él.

FADRI. No me importa. Lo esencial es que venga.

ALFO. Viene; desde luego.

FADRI. Lo demás es cuenta mía.

ESCENA SEGUNDA

Dichos, Genoveva y Saturio

SATU. (*Por la izquierda.*) Listo ese asunto.

GENOVE. ¿Cómo va la herida?

GENOVE. Dice que no tiene importancia.

SATUR. Un poco de molestia, pero nada más.

FADRI. ¿Ha visto usted, Don Saturio, ha visto usted oosa más indigna que la persecución constante contra quien no provoca ni hace daño a nadie?

GENOVE. Mucho bien es lo que ha querido hacer a todos, y a cambio de ese bien, es muy posible que si no estuviera protegido por papá ya le hubiesen matado.

SATUR. Parece mentira que a tal extremo pueda llegar la maldad y la barbarie de las gentes.

GENOVE. Por todos los medios han querido obligarle a marchar del pueblo. Dos veces han arrasado sus huertas. Otra vez cortaron cobardemente los brotes de sus viñas y le incendiaron la pinada. Hasta la misma casa que para vivir había adquirido estuvo a punto de ser incendiada una noche. Le han declarado la guerra a muerte.

FADRI. Ya me previno Don Benigno que todo cuanto sea suyo corre grave peligro: hasta la vida.

SATUR. También yo se lo advertí a usted, señor Conde.

FADRI. Por eso impuse a Luciano, como condición para ser su amigo y su socio en las empresas que proyectaba, que fuese él mi huésped.

GENOVE. Gracias a mí, se ha convencido. Que cuando llegó al castillo la otra noche, pálido, desmayado casi por la sangre perdida, le hice ver cuán peligrosa es la soledad en que vive. Aquí—le dije—somos todos a quererle... Abandone usted el pueblo. Allá abajo hay muchos odios contra usted. Aquí arriba, sólo cariño. Trabaje usted desde aquí; haga todo el bien que desea, y cuando los de abajo reciban ese bien generoso que usted les trae, ellos mismos subirán aquí para aclamarle.

FADRI. Y ya es mi huésped, veremos de hoy en adelante quién se atreve contra él.

SATUR. ¿Decididamente es usted su aliado?

FADRI. Decididamente, querido doctor. Luciano me ha transformado. Ha traído ánimo a mi alma; me ha hecho comprender que esta vida mía no era úl-

a nadie. Al morir mis antepasados fueron todos a ocupar un puesto en la Historia. Utiles todos, menos yo, que consumía mi vida y mis rentas sin que ni mis rentas ni mi vida dejasen al correr de los años fruto alguno. Y no será. Tras de mí quedará algo que me perpetúe, algo que por lo menos me recuerde.

ALFON. Y la obra que tú emprendas la seguiré yo, padre. (*Abrazándole.*)

SATUR. Bueno; me voy a ver dos enfermos que tengo en el barrio viejo.

ALFON. Si va usted al barrio viejo le acompaño.

SATUR. Encantado.

ALFON. Salgamos por el jardín, que es más cerca.

SATUR. Hasta luego entonces. (*Mutis Saturio y Alfonso.*)

GENOVE. Yo voy a ver al herido. Me comprometí a ser su enfermera y no quiero faltar a mis deberes. Y eso que aunque faltase no se notaría. Tengo una sustituta voluntaria que rivaliza conmigo en la asistencia al paciente.

FADRI. ¿Paulina?

GENOVE. La misma. ¿Lo has notado también? Le atiende con una solicitud extrema. Se diría que quisiera ser sola en su cuidado.

FADRI. Exageraciones tuyas.

GENOVE. Te digo que no. Mi presencia le es hostil. En cuanto entro yo en la habitación del herido se marcha ella.

FADRI. Coincidencias tal vez.

GENOVE. Tal vez. En fin; voy allá.

FADRI. No te acompaño. Voy a ver mis lechugas. (*Mutis Genoveva por la casa.*)

ESCENA TERCERA

Don Fadrique y Paulina

FADRI. (*Suspirando.*) ¡Ay! ¡Mis lechugas! ¡Esta es mi vida...! Razón tenía Luciano. (*Se acerca a la mesa y recoge periódicos y gafas. Se guarda ambas cosas y se encamina hacia la segunda izquierda.*) Anda, señor de Monreal y Avellaneda, descendiente de Príncipes y Cardenales... Vé con todo tu abolengo a cuidar las lechugas. (*Aparece Paulina y se detiene al ver al Conde.*) ¿De dónde vienes, muchacha?

PAUL. De acompañar al señorito Luciano. Como está allí la señorita...

FADRI. Sí... claro; ya no haces tú falta. (*Haciendo mutis.*) ¿Tendrá razón Genoveva?

ESCENA CUARTA

Paulina y el Zorro

(*Paulina va a hacer mutis por la segunda derecha, cuando aparece en la misma puerta el Zorro.*)

ZORRO ¡Paulina!

PAUL. Buenas tardes, señor Sebastián.

ZORRO ¿A dónde vas tan deprisa?

PAUL. A mis quehaceres, ¿y usted?

ZORRO Yo aquí mesmo; he sío llamao por el señor Conde... Pero ya que te encuentro echaré contigo una parrafada.

PAUL. ¿Conmigo?

ZORRO No te extrañes, mujer, que no es ná malo.

PAUL. Tampoco será ná bueno.

ZORRO Mala inquinia me tiés tú. Y eso que soy padre de quien soy.

PAUL. Pues tal vez sea por eso.

ZORRO ¿También a mi hijo se la tienes?

PAUL. También.

ZORRO Vaya, mujer; mucho has cambiado. En algún

tiempo tenías pa él sólo cariño... mucho cariño.

PAUL. El también pa mí.

ZORRO Se comprende; la moza más guapa del pueblo...

PAUL. Pero usté le quitó las voluntades.

ZORRO No hizo falta; se las quitó él solo, como debía ser. Está educao en mi escuela, y bien pronto hecho de ver que tú no le convenías.

PAUL. ¿Bien pronto? ¿A qué llama usté bien pronto? Lo echó de ver cuando to lo que podía conseguir de mí estaba conseguío; cuando me dejaba perdía pa siempre. ¡Entonces! ¡Infame, él y usté!

ZORRO Pues no te pones tú poco fiera. ¿De qué te quejas? Bien secreta ha guardado el muchacho su conquista. Si en vez de tratarse de tí... se trata de otra, naide le hubiese contenío pa no contarlo a voces. ¡Pues ahí es ná el muchacho; mocetón ande los haiga; guapo ande los haiga; valiente ande los haiga, y además hijo mío... Cualquiera le levanta la voz, y a buena hora se calla él ná ante naide. Demasiao lo sabes, que en cuantito que se le ha querío poner alguno enfrente, por delante se le ha llevao; y ha hecho bien, que pa eso su padre sabe sacarlo bien pronto de tóos los aprietos; hasta de la cárcel le he sabío sacar dos veces... ¡por algo sirvo yo a los políticos!

PAUL. Demasiao que lo sé, sí, señor. Too el pueblo les teme a ustés.

ZORRO Así es.

PAUL. Pero si yo no hubiá estao tan sola, pué que no pasara lo mesmo. Si yo hubiá tenío un hermano...

ZORRO Se hubía callao. ¡A ver que remedio...! De tí, no sabe naide na, que pa tós sigue siendo una moza cabal. Conque entoavía debes estar agradecía.

PAUL. ¿Agradecía? ¡Qué cinismo!

ZORRO Déjate de frases y comprende que mi hijo no se iba a casar contigo. La moza más guapa del pueblo sí que eres, ya te lo he dicho endenantes; pero con la guapura no se gobierna la hacienda. Y él tié que casarse con lo mejor que haiga en la comarca, con la más rica que haiga, ¿entiendes?

PAUL. Ya hace mucho tiempo que lo he entendío.

ZORRO Pues na más. Tambien a tí te corteja un rico. ¿No es eso? No te pués quejar de tu suerte.

PAUL. Ese sí que me quié de veras. Una voluntá y un querer de toa la vida.

ZORRO De toa la vida. Justo. Ya que no pudo ser la madre que sea la hija. Se explica el querer, porque eres el mesmo retrato de tu madre. Y de esto mesmo es de lo que yo quería hablarte.

PAUL. ¿Y qué es lo que tenía usté que decir de esto?

ZORRO Pues que le tiés que querer y casarte con él.

PAUL. ¿Con quién?

ZÓRRO Con Don Luciano.

PAUL. Eso no. ¿Se ha pensado usted que cuando su hijo me quitó la honra me quitó también la vergüenza? ¿Y ha pensao usted que se acabó tam. bién el querer que le tenía? Pues no, señor- Pa hacer lo que entonces hice, preciso era que el querer que le tenía fuese grande, y por eso mesmo, ni se me ha podido acabar, ni puedo ponerlo en otro. La vergüenza no se la llevó pa siempre mi pecao, que solamente por la ceguera del cariño pasó lo que pasó. ¡Eso no, señor Sebastián, eso no!

ZORRO ¡Pamplinas! ¿Lo sabe él acaso? ¿Se lo has dicho tú?

PAUL. No se lo he dicho, ni lo sabe. Ya ni me habla casi, que de sobra va conociendo lo imposible de su afán, al ver que nunca le dí una esperanza.

ZORRO Pues eso tié que cambiar, porque... es preciso que te cases.

PAUL. ¿Y es usted mismo quien me pide eso?

ZORRO Yo y mi hijo.

PAUL. ¿El?

ZORRO Y te lo pide porque te quiere.

PAUL. Y si me quiere, ¿por qué me pide que me case con otro?

ZORRO ¡Qué infelices que sois toas las mujeres. Ven aquí y escucha. La otra noche iba el Don Luciano solo por la calzá del castillo; dende no sé qué revuelta del camino, y, entre unos matorrales, le dispararon un tiro que le hirió en el brazo. Fué

poca cosa. Una herida sin importancia. La gente dice que le han querío matar; pero yo... yo no lo creo. A mí lo que me parece es que le han querido avisar, ¿entiendes? Pues figúrate que le hubián matao de veras y que tú hubiás estao ya casá con él... Pues ya sabes. Sin padres, sin hermanos, y con un dineral en tierras, y en casas y en dinero. Pué que millones. Y to eso pa tí tenía que ser, y a lo mejor hasta te casabas después con Julián. ¿Me entiendes ahora? Figúrate que te casas con Don Luciano y que una noche le ocurre a tu marido una desgracia...

PAUL. Calle usté, calle usté. ¡Usté es un criminal!

ZORRO Cierra la boca. Parece mentira que seas tan desagradecía. Después que pienso en hacerte rica y feliz pa siempre... ¡De tós modos le va a pasar lo mesmo un día u otro... Conque... ¿te decides?

PAUL. No.

ZORRO Bien está. Lo cual que mi hijo tenía razón al decirme esta mañana que él debía contar a tóo el mundo lo que entre vosotros ha pasao...

PAUL. Eso no. ¿Sería capaz?

ZORRO En cuanto yo vaya y le diga que tú no quiés ponerte de nuestro bando, ya está. Y eso que él te quiere, que tu guapura le trae a mal traer. Pero hay que ser mu ricos, los amos del pueblo, y los amos de tóo. Y no te apures porque seamos un poco malos, que a los buenos se los come la gente y no hay más remedio que ser malos pa comerse uno a los demás. No seas tonta y hazme caso.

PAUL. Calle usté, calle usté.

ZORRO Me callaré y se callará Julián... pero tienes que obedecerle... ¿Conformes? (*Bajando la cabeza.*)

PAUL. Déjeme... déjeme. (*Vencida.*)

ZORRO Perfectamente... Ya te dejo... Pues no te pones tú poco llorosa... Anda, mujer, anda. Dile al señor Conde que aquí le espero... y sécate esos ojos pa que no te conozcan que has llorao. (*Mutis Paulina por la izquierda.*)

ESCENA QUINTA

El Zorro, solo

ZORRO Demasiado que sabía yo que en cuantito tocara la tecla del casorio había de hacer lo que yo quisiera. Ahora hay que cambiar el plan, Zorro. El enemigo tiene que ser amigo. Pa que se fíen, pa engañar mejor, pa esperar.

ESCENA SEXTA

El Zorro y Don Fadrique

FADRI. (*Por la izquierda.*) Buenas tardes, señor Sebastián.

ZORRO Aquí me tiene usted, señor Conde, a lo que usté mande, como siempre.

FADRI. ¡Ojalá sea verdad eso!

ZORRO ¿Y por qué no ha de ser eso?

FADRI. Lo veremos. Siéntese usted.

ZORRO Con permiso del señor Conde. (*Se sientan ambos.*)

FADRI. Señor Sebastián, es necesario que hablemos con toda claridad. ¿No se figura usted para que le he hecho venir?

ZORRO No se me ha pasao por la cabeza cavilación denguna sobre eso; que cuando el señor Conde me llama pues no tengo más que obececer.

FADRI. Nada de obedecer, porque yo no le mandé venir. Le rogué que viniera, que es distinto.

ZORRO De sobra se me alcanza eso, señor Conde. Es un decir. Como obedecer ya sé yo que no obedezco a naide; pero todo lo bien está bien.

FADRI. Al asunto voy. Hace meses que llegó al pueblo Don Luciano Campos, y desde el primer momento encontró en usted un enemigo.

ZORRO Porque no habrá querío ser amigo mío.

FADRI. No creo que sea obligación ser amigo de usted. Pero si no quiso ser su amigo, tampoco hizo

nada para ser lo contrario. Y usted, sí. Usted se ha propuesto que Don Luciano marche de Monreal a la fuerza, y para lograrlo no repara usted en medios.

ZORRO Nada he hecho contra él.

FADRI. Usted, no. Gentes mandadas por usted, que es lo mismo.

ZORRO Se equivoca usted.

FADRI. No me equivoco. ¿Quiere usted decirme con toda claridad hasta dónde piensa usted llegar?

ZORRO El Don Luciano ese es mi enemigo. Se quié hacer el amo del pueblo, y esto va contra mí. Hay mucha gente que ya está con él y en contra mía... Antes estaban conmigo... y esto no pué ser.

FADRI. Don Luciano es mi amigo y mi socio en unas cuantas empresas. Yo le amparo y le defiendo. Ahora dígame usted si se atreverá a hacerle daño de hoy en adelante.

ZORRO Que no me lo haga él a mí. Que se contente con tener lo que tiene y que no dé un paso más. Esa locura del pantano ese, o lo que sea, que está haciendo en el Soto Alto se tié que dejar. Eso del ferrocarril, ni pensarlo. A sus trebajadores, que les pague lo que les pagamos los demás. Si está conforme con tó esto, yo le doy a usted mi palabra de que naide se meterá con él ni con lo suyo. ¿Convenido?

FADRI. No he llamado a usted para concertar convenio alguno. Nunca he tenido convenios con usted ni pienso tenerlos. Le he llamado para decirle esto. Desde hoy el que produzca un daño a Don Luciano me lo produce a mí. ¿Lo oye usted bien? El pantano se terminará. La maquinaria pedida al extranjero se montará en el Prado. Las obras del ferrocarril comenzarán muy pronto. Ya está usted enterado.

ZORRO Ya lo estoy... pero la verdad, este asunto quisiera yo tratarlo directamente con el propio Don Luciano. ¿Puedo hablar con él?

FADRI. Ahora no. Hace un momento que le curó Don Saturio y está reposando.

ZORRO Pues volveré luego. ¿Tié usted algo más que mandarme?

FADRI. Que procure usted que esa entrevista sea de paz. ¡Ah! Advertirle también que he dado orden a mis guardas de que en cuanto vean a alguien por los alrededores del castillo o por la calzada, escondido o en acecho, disparen la carabina contra él, aunque sea el propio señor Sebastián el Zorro o su hijo. ¿Está esto claro?

ZORRO Clarísimo, señor.

FADRI. Puede usted salir.

ZORRO Buenas tardes, señor Conde. (*Mutis.*)

ESCENA SEPTIMA

Don Fadrique, Genoveva y Luciano

(*Entran por la primera derecha; Luciano está herido en un brazo; como ya queda dicho, es en el brazo izquierdo. Le lleva en cabestrillo.*)

GENOVE. Aquí está el herido.

FADRI. ¿Cómo va ese ánimo.?

LUCIA. Perfectamente. Esto no tiene la menor importancia; pero quisiera que realmente hubiese sido una grave herida.

GENOVE. ¡Vaya una ocurrencia!

LUCIA. Diga usted egoísmo, porque es tal la delicadeza y la solicitud con que usted me trata, que...

GENOVE. ¿Soy buena enfermera?

LUCIA. Pésima, porque hace usted desear a los enfermos no curarse nunca

GENOVE. ¿Oyes, papá? Ahora resulta que soy mala enfermera.

FADRI. Así debe ser cuando lo dice.

GENOVE. Me vengaré de este agravio.

LUCIA. No me ayudará usted a trabajar como de costumbre.

FADRI. ¿Va usted a trabajar hoy?

LUCIA. Me encuentro bien y puedo despachar algunos asuntos.Con la ayuda generosa de Genoveva me siento capaz de ello.

GEVOVE. Prestaré mi ayuda; pero con condiciones.

LUCIA. No acepto así.

GENOVE. ¿Por qué?

LUCIA. Ya dije que quería su ayuda generosa. Si me la presta usted con condiciones ya no es generosa.

ESCENA OCTAVA

Dichos y Don Benigno

BENIG. *(Dentro.) (Viene por la segunda derecha.)* No te molestes, hija; no te molestes que me sé a ciegas el camino.

FADRI. Ya tenemos aquí al páter.

BENIG. (*Entrando.*) Santas y buenas.

FADRI. Buenas y santas, párroco.

BENIG. ¿Está usted irónico?

FADRI. No, señor.

BENIG. Me extraña.

FADRI. ¿Por qué?

BENIG. Como me contesta usted al saludo al revés y me llama párroco...

FADRI. ¿No es usted párroco?

BENIG. Creo que sí; pero es la primera vez que se lo oigo decir a usted. Y el enfermo, ¿cómo sigue?

LUCIA. Tan campante.

BENIG. Lo celebro. ¿Y tú, preciosidad?

GENOVE. Ya lo vé usted. Más preciosidad cada día.

BENIG. ¿No ha venido el medicucho?

FADRI. Estuvo aquí y marchó a visitar a dos enfermos.

BENIG. ¡Pobrecitos! ¡Dios los ampare!

LUCIA. La tiene usted tomada con Don Saturio.

BENIG. Y él conmigo. El dice que yo no sé una palabra de mi carrera, y que no soy otra cosa que un monaguillo ilustrado. Es tan cerril el pobre, que un día se apostó un termómetro contra un breviario a que yo no sabía latín, y que no traducía una estrofa de Virgilio.

GENOVE. ¿Pero ganaría usted el termómetro?

BENIG. No, hijita; que perdí el breviario.

LUCIA. ¿Cómo es eso?

BENIG. Porque hizo trampa. Me presentó escrito un párrafo y no lo pude leer. Dijo que era una estrofa de Virgilio y hasta me lo juró por sus hijos.

LUCIA. ¿Y no era de Virgilio?

BENIG. Sí, señor; pero traducido al ruso. Lo supe después; pero ya se había apoderado del breviario, y no lo he vuelto a ver.

ESCENA NOVENA

Dichos, Don Saturio y Jenara

SATUR. (*Por segunda derecha, y a poco Jenara.*) Ya estoy aquí. ¡Digo! ¡Ya llegó el curita! Estaría hablando mal de mí, ¿verdad?

BENIG. Verdad.

SATUR. Como siempre; se aprovecha de mi ausencia para despellejarme.

BENIG. Lo mismo habrá usted estado haciendo.

SATUR. No, señor; yo soy más noble.

BENIG. ¡Quiá! Lo que es usted es más embustero.

SATUR. Bien está. No traigo gana de pelear... Estoy sofocadísimo. Hace un calor terrible, ¿no es verdad?

BENIG. Yo no lo noto.

SATUR. ¡Qué va usted a notar!... Y si yo insisto, saldrá usted diciendo que está nevando.

JENAR. ¡Pero que siempre han de estar ustedes así! ¿Por qué no se ponen de acuerdo de una vez?
No es posible. Si nos pusiéramos de acuerdo, uno de los dos tendría que marcharse del pueblo. Así nos llevamos mejor y nos aburrimos menos. *(Silencio.)*

JENAR. Señor. *(A Don Fadrique.)* Ahí espera la tía Joaquina.

FADRI. ¿Qué Joaquina es esa?

JENAR. La del Pintao. Esa que dijo usted que toas las semanas se la diera una peseta y dos panes.

FADRI. ¿Y no se le da?

JENAR. Se le daba más; pero es hoy, dice, que quié hablar con usté.

FADRI. ¿Para qué?

JENAR. Pa... no sé que de un memorial, que quié echar al rey.

FADRI. Bueno, dile que allá voy. *(Mutis Jenara a la casa.)*

ESCENA DECIMA

Dichos, menos Paulina

GENOVE. ¿Qué le ocurrirá a esa pobre?

BENIG. Alguna petición para su hijo. ¿Se sabe ya de él?

SATUR. No se sabe nada. Otro dolor de casa.

GENOVE. !Qué horror de guerra!

SATUR. Bueno; ¿jugamos o no jugamos, señor Conde, nuestro tresillo?

FADRI. Vamos allá. Antes veré qué quiere esa pobre; jugaremos en la terraza, que Luciano tiene acaparado esto.

SATUR. Estoy deseando darle tres o cuatro codillos al clérigo. Esta tarde me las va a pagar todas juntas.

BENIG. Lo veremos; a lo mejor ocurre todo lo contrario.

SATUR. Si ocurriese lo contrario, saldría de aquí con el tifus.

BENIG. Pues ya puede usted buscar otro médico.

FADRI. Pasen ustedes. *(Mutis los tres.)*

ESCENA DECIMA PRIMERA

Luciano y Genoveva

GENOVE. Bueno... ¿y nosotros, trabajamos?

LUCIA. Trabajamos... pero es preciso que antes sepa yo esas condiciones que usted piensa imponerme.

GENOVE. ¡Le interesan mucho!

LUCIA. Muchísimo.

GENOVE. Bien; las condiciones son que no quiero que se repita el suceso de la otra noche. El que ha causado la herida.

LUCIA. No lo provoqué yo.

GENOVE. Lo ha producido su confianza, y por lo mismo es necesario que deje usted de tenerlo. Deseo que no salga usted del castillo por ahora. No tuerza el gesto, no; que lo que le pido no es que sea usted cobarde, sino prevenido.

LUCIA. Ni una cosa ni otra, Genoveva, nunca he sido valiente porque creo que el valor es una cualidad circunstancial. Nunca he sido cobarde tampoco, hasta el extremo de temer por mi vida; pues siempre creí que mi vida no tenía importancia para nadie, ni para mí siquiera.

GENOVE. Pues hoy la tiene. La vida de usted es la redención de muchos, de todos aquellos a quienes esos proyectos que usted trajo a estas tierras, dan todos los días pan y trabajo. En el Prado funcionarán pronto las máquinas que usted ha hecho montar. En el Soto, el hermoso estanque dentro de cincuenta días recibirá el agua que ha de salvar después las cosechas. Piense usted en todos los que han de reciblr de usted el beneficio de su iniciativa, y siquiera por elllos defienda su vida.

LUCIA. Tiene usted razón; pero si viera usted qué amargura tan grande produce en mí la ingratitud o la indiferencia de los hombres. Mis proyectos tanto tiempo acariciados, a nadie entusiasman salvo a ustedes, los más generosos amigos que me rodean. El resto del pueblo tiene hacia ellos prevención como si las máquinas o el estanque fuesen cosas del diablo. y en ellos se encerrase algún secreto maldito que ha traer un daño.

GENOVE. Trabaje usted con fe. Llueva sobre el pueblo entero igual para los descreídos que para los creyentes, igual para los buenos que para los malos, los beneficios de su obra. Y el pueblo entero volverá sus ojos hacia arriba, hacia el castillo, buscando al hombre generoso para bendecirle.

LUCIA. Es verdad; y aunque no me bendigan. ¿Puede hacerse el milagro de fecundar la tierra? Pues hagámoslo. Trabajemos, Genoveva.

GENOVE. Así quiero oirle a usted. Trabajemos, que cuando le falte a usted la fe de todos, mi fe no le abandonará. (*Luciano se sienta a un lado de la mesa y Genoveva al otro. Luciano examina unas actas.*)

LUCIA. Bendita esa fe que me da bríos para la lucha.

ESCENA DECIMA SEGUNDA

Dichos y el Zorro

(*El Zorro aparece por la segunda derecha.*)

ZORRO A la paz de Dios. Y ustés perdonen.

GENOVE. ¡El Zorro!

LUCIA. Me alegro.

ZORRO Deseo hablar con usted Don Luciano.

GENOVE. (No le reciba usted. No le escuche.)

LUCIA. (¿Por qué? Todo lo contrario. Si yo deseaba vivamente que esto llegase.) Pase usted, señor Sebastián.

GENOVE. Tengo miedo a ese hombre.

LUCIA. No tema usted. Déjeme solo con él.

GENOVE. Luciano, mire usted que ese hombre es capaz de todo.

LUCIA. Déjeme solo. Genoveva, se lo ruego. (*Mutis Genoveva por la segunda izquierda.*)

ESCENA DECIMA TERCERA

Luciano y el Zorro

LUCIA. No se quede usted ahí. Acerquese.

ZORRO. Con permiso. ¿Está usted bien, Don Luciano?

LUCIA. ¡Pts! Según lo que usted entienda por «bien». Estoy herido en este brazo. De forma que me encuentro bastante peor de lo que yo quisiera y bastante mejor de lo que quisieran otros.

ZORRO. ¿Otros?

LUCIA. Los que me hirieron. ¿Viene usted a enterarse de esto?

ZORRO ¿De qué?

LUCIA. De lo de la herida. Pues ya lo sabe usted; no tiene importancia. Don Saturio lo dice. La bala no pudo obedecer el deseo de los asesinos.

ZORRO ¿De los asesinos? ¿Pero eran varios?

LUCIA. Él que disparó era uno solo, pero yo digo los asesinos, porque para mí, hay por lo menos dos. El que disparó la pistola y el que la cargó. ¿No le parece a usted?

ZORRO ¡Qué sé yo! Aunque tóo pué ser ¡Hay tanta maldá en este mundo!

LUCIA. Mucha; eso es cierto; no sé por qué tengo la corazonada de que esta vez voy a poder yo más que toda esa maldad que me acosa. Y eso que es desigual el desafío. Ellos son muchos y amparados por una trabazón de protecciones. Yo solo. Ellos en la oscuridad de la noche y en la sombra de la traición. Yo siempre en pleno día y a plena luz. Pues a pesar de todo venceré. Tome nota de esto que le digo, señor Sebastián. ¿No es usted muy amigo, el mejor amigo del Zorro? Pues dígale que venceré yo.

ZORRO Don Luciano, esta usté muy equivocao en esta ocasión.

LUCIA. ¿Ah? ¿No es el Zorro mi enemigo?

ZORRO Lo era.

LUCIA. ¿Ya no lo es?

ZORRO No.

LUCIA. Singular transición la suya.

ZORRO Ya no lo es. Por eso digo que está usté equivocao. Supone usté que la otra noche le han querido matar. Yo creo que no. Creo que lo que han querío es darle a usté una muestra de lo peligroso que es este asunto a malas pa venir luego a ofrecerle a usté la paz y la amistá. Supone usté que el Zorro es su enemigo a muerte. Pues se equivoca; el Zorro está dispuesto a ser su mejor amigo y el que le ayude. ¿Se extraña usté?

LUCIA. Mucho.

ZORRO ¿Por qué? ¡Por que se figura que le engaño! Dispuesto estoy a probar que no le miénto. Disponga de mi influencia, disgonga de mí hacienda si le hace falta. Quiero ser su amigo y su aliado. ¿Sigue usté extrañao?

LUCIA. Más cada vez. ¿Pero es que nosotros podemos ser amigos? ¿Pero es que usted se figura que puede borrarse el pasado? ¿Y sabe usted lo que es el pasado? Es el odio del Zorro contra los míos. Es el amor ruín de un canalla, que quiere hacer presa en la virtud sin tacha de mi madre; la navaja cobarde que cortó los brotes de nuestras viñas; el incendio que abrasa nuestro trigo en la era; el agua que inunda nuestro pedazo de huerta; la ruina de la casa; la venta forzada de nuestras tierras; la miseria, la desesperación en el alma de mi padre, rodando de pueblo en pueblo y de fiesta en fiesta para ganar con su vieja dulzaina el pan para los suyos? la emigración del hijo; el llanto en los ojos de la madre y hasta su deshonra, si no hubiera sido aquella santa lo santa que era. ¿Y todo eso lo puedo olvidar yo? ¿Y el Zorro quede ser mí amigo? Nunca. Si alguna vez mi mano se adelantara hacia el Zorro, no podría ser para estrechar la suya, sino para estrujar su cuello.

ZORRO Don Luciano, sosiéguese tsté. Yo no soy el mismo; ha pasao mucho tiempo. Sí que es verdá que yo hice en aquel entonces tóo el daño que pude al tío Martín, pero yo no soy tan malo que haga daño sin una razón y sin más aquel que el de hacerlo. También él me lo hizo a mí, y muy grande.

LUCIA. ¡Mentira!

ZORRO Usté lo comprenderá porque ha estao usté muy enamorao Su padre me quitó la mujer que yo quería

LUCIA. ¡Mentira! No se la quitó, porque aquella mujer no fué nunca de usted. Usted quiso su cariño a la fuerza, y ¡basta! ¡Desde ahora le prohibo terminantemente que hable de aquella mujer que fue mi madre!

ZORRO Don Luciano, estoy dispuesto a pedirle a usté tóos los perdones, pero olvidemos el pasao y marchemos juntos, que pronto estoy a pagar el daño que a ellos hiciera con bondaes pa el hijo.

LUCIA. El hijo no quiere esas herencias. Las tierras labradas por mi padre con su esfuerzo, las hubiera heredado yo, orgulloso y satisfecho. Lo que usté me ofrece, labrado con el dolor de los míos, lo rechazo.

ZORRO Hace usted mal.

LUCIA. El dolor de antaño pudiera yo cubrirlo con un olvido y un perdón generoso. El abismo de hoy no se cubre con nada. Colaborar con usted en la esclavitud de mi pueblo. ¡Nunca! Nuestros caminos son distintos y nuestras vidas enemigas. Tengo una misión redentora que cumplir y no he de detenerme. ¿Que contra usted va misión? Mejor; porque si alguna vez mi espíritu de sacrificio desmayase, el odio de antaño le sostendría. Lance contra mis campos y contra mi cuerpo la mesnada cobarde que le sigue. A ellos y a usted los arrollaré. !Yo solo!

ZORRO ¿No quiere usté la paz? ¿No quiere usté la amistad?

LUCIA. La paz que me ofrece, sería mi vergüenza. La amistad que me brinda, mi deshonra.

ZORRO Piense usted que es mucho mi poder.

LUCIA. Lo sé. Siempre es mucho el poder de los bárbaros. Pero sobre este poder se levanta otro. El del espíritu de los hombres libres. El espíritu no teme al acoso. Los hombres libres no conocen al miedo.

ZORRO ¿La guerra entonces?

LUCIA. La guerra.

ZORRO ¿Enemigos?

LUCIA. Hasta el fin.

ZORRO El fin puede ser su ruina y su desgracia.

LUCIA. ¿Y qué? De la ruina me leventaré otra vez. Para la desgracia buscaría consuelo.

ZORRO ¿Y si fuera su muerte?

LUCIA. ¿Y eso tiene importancia? La muerte no es más que un incidente, acaso el más pequeño de nuestra vida. (*Pausa.*)

ZORRO ¿Y si fuera la muerte de Paulina?
LUCIA. ¿Ah? (*Va a lanzarse contra él y el Zorro retrocede. Luciano se domina. Se detiene y dice.*) Escuche usted. Yo quiero a ésa. Si alguien se atreve contra ella entonces no habra perdón ni olvido. Con fuerza de tigre, desgarraría mil vidasporlasuya.
ZORRO Doñ Luciano.
LUCIA. Hemos terminado. Fuera de aquí.
ZORRO Pero...
LUCIA. Fuera he dicho.
ZORRO Adiós... Don Luciano.
LUCIA. Adiós, Zorro. (*Mutis el Zorro.*)

ESCENA DECIMA CUARTA

Luciano y Genoveva

(*Mientras hace mutis èl Zorro. Genoveva aparece en la puerta segunda izquierda y le sigue con la mirada; después corre hacia Luciano.*)
GENOVE. ¿Qué ha hecho usted? ¿Qué ha hecho usted?
LUCIA. ¿Estaba usted ahí?
GENOVE. Perdóneme usted, pero tuve miedo de que ese hombre...
LUCIA. ¿Y nos oyó usted?
GENOVE. Sí, todo; y ahora tengo más miedo. ¿Qué ha hecho usted, Luciano, qué ha hecho usted?
LUCIA. Humillarle, vencerle. ¿Le parece a usted poco? Pues es mi venganza.
GENOVE. ¿Y ahora? Ese hombre no perdonará. Tendrá usted que huir.
LUCIA. ¿Huir? Para esto hubiera venido de America. No, Genoveva. Muchos años he pasado en aquellos países fuertes que trabajan y luchan; luchando yo, trabajando yo también con el afán puesto en esta tierra. Era mi sueño; conquistar cultura, conquistar dinero y ofrecer ambas cosas a mi patria.
GENOVE. ¿España?
LUCIA. Sí. ¿Para España? ¿Para este pueblo? ¿Es muy grande la patria y muy pequeño el hombre

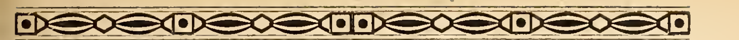
para intentar por sí sólo engrandecerla...? Yo quiero, pues, engrandecer este rincón mío... ¡de España! ¡Si cada hombre luchara por labrar su pedazo de tierrra... ¿su pedazo de patria! España entera sería grande.

GENOVE. ¿Verdad, Luciano, verdad?

LUCIA. Cuando emigré, aquí no había más que un hombre: el Zorro; al volver, es el mismo hombre al que encuentro, aprisionando entre sus garras, la vida entera de este pueblo. Por eso, no puepo huir. Fortuna y vida... todo es de mí patria· A trabajar, Genoveva; con más ardor que nunca. Con más entusiasmo.

GENOVE. Tiene usted razón... Ahora, era yo quien desmayaba... A conquistarlo todo Luciano. ¿Para nuestra tierra?... ¿Para nuestra Patria? (*Se disponen a trabajar mientras cae el telón.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



Acto tercero

La misma decoración. Es de día

ESCENA PRIMERA

Genoveva. Á poco Don Benigno

(Al levantarse el telón, Genoveva sola en escena. Sentada en un silloncito lee un libro. Hay un momento de pausa. Entra Don Benigno por la segunda izquierda.)

BENIG. Felices tardes, señorita.

GENOVE. Buenas tardes, señor cura.

BENIG. Dirás que soy un madrugador.

GENOVE. Nada de eso. Ya sé que el tresillo es para usted una pasión.

BENIG. Hoy no se trata de eso. Es algo más importante.

GENOVE. ¿Más que el tresillo?

BENIG. Más que un solo a palo de favor.

GENOVE. ¿Y lo puedo saber yo?

BENIG. Sí que lo puedes saber. Se trata de que el Municipio, en sesión, ha acordado ponerse incondicionalmente al lado de Luciano y de sus empresas, y hasta ayudarle con los recursos de que pueda disponer. ¿Eh? ¿Qué te parece?

GENOVE. Me satisface mucho.

BENIG. Bueno, con los recursos del Municipio no haríamos grandes cosas, porque allí nunca hay más de diez y siete pesetas. Para revocar la fachada de la iglesia he tenido que hacerlo por mi cuenta.

GENOVE. ¿Lo ha pagado usted?

BENIG. Pagarlo no. Hizo la obra Venancio, el albañil, y yo he quedado comprometido a bautizar, casar y enterrar gratis a todos los parientes, hasta el tercer grado, y de decirles misas a todas las almas de los mismos hasta que se amortice la deuda. De modo que por el Ayuntamiento no hay que esperar nada; pero el valor espiritual del acuerdo es enorme.

GENOVE. Enorme, sí, y me interesa mucho más ese aspecto que el económico.

BENIG. Acabo de enterar de todo a Luciano y ahora quiero contárselo a tu padre. ¿Por dónde anda?

GENOVE. En el comedor con Don Saturio.

BENIG. Pues hasla luego. *(Mutis de Don Benigno por la derecha.)*

ESCENA SEGUNDA

Genoveva, Luciano y Alfonso

(Entran Luciano y Alfonso por la izquierda. Luciano viste sencillo traje de montar, de pana, lleva unos leguis de color.)

GENOVE. *(A Luciano.)* ¿Cómo? ¿Va usted de paseo?

LUCIA. Nada de eso. Voy un momento al Soto Alto.

GENOVE. ¿Y tú también?

ALFON. Yo no. Me esperan mis amigos en el casino. Tenemos una gran partida de billar esta tarde.

GENOVE. ¿Ha hablado usted con Don Benigno?

LUCIA. Dos palabras nada más. No me ha sorprendido. Esperaba este resultado.

ALFON. Era lógico.

LUCIA. Lo que yo personalmente no consiguiera, debía conseguirlo mis obras. ¿No quedamos en esto nosotros aquella tarde de mis desalientos y de mis estímulos?

GENOVE. En eso quedamos.

ALFON. El pueblo entero es ya nuestro.

GENOVE. Ya era hora. Terminaron las obras del embalse. Comenzaron a trabajar las máquinas del prado,

y todo Monreal vibró aquel día como un resurgimiento. El agua recogida en las hondonadas subía a las alturas del Soto y se albergaba en el estanque. El embalse era ya una promesa palpable. Los incrédulos comenzaron a sentir la emoción de la fe.

LUCIA. Y dentro de poco la realidad completará la conversión. La felicito a usted, mi más entusiasta, mi más leal colaboradora.

GENOVE. Colaboradora, no. Entusiasta por la obra, sí; más que nadie, más que usted mismo. Eso no se lo cedo a nadie.

LUCIA. Ni nadie puede disputárselo, ni siquiera yo. Es muy posible que a no ser por usted, allí en el Soto quedaran las obras comenzadas y yo lejos de aquí, derrotado.

GENOVE. Imposible era que usted marchase. Volver a la Patria con el alma llena de cariño hacia ella y la imaginación repleta de grandes ideas para tener que marcharse por la enemiga de un cacique. Eso no podía ser. Usted mismo lo dijo.

LUCIA. Lo dije... pero si viera usted qué miedo le he tenido a la derrota.

ALFON. Pues hemos vencido. Permítame usted que diga *hemos*, que yo también tengo mi parte en esta obra.

LUCIA. Es cierto. Obra es de todos mi obra, y triunfo de todos mi triunfo. Vamos al Soto Alto.

ALFON. Eso sí que no. Yo voy al casino. Mi partida de billar de hoy es fenomenal. A mil carambolas. (*Mirando al reloj.*) ¡Uy! Las tres y media ya. Es la hora del desafío. No puedo detenerme ni un minuto. Hasta luego. (*Sale rápidamente por la derecha.*)

ESCENA TERCERA

Genoveva y Luciano

GENOVE. ¿Va usted a tardar mucho?
LUCIA. Minutos nada más. En un galope del caballo estoy en el Soto, examino aquello y vuelvo en seguida.
GENOVE. Esta mañana estuve yo.
LUCIA. Como todas las mañanas.
GENOVE. Justo. Como todas las mañanas. Desde que comenzaron las obras no ha pasado un sólo día sin que yo vaya a llevarles mi saludo.
LUCIA. ¡Cuánto la debe a usted Monreal, y cuánto la debo yo!
GENOVE. Eso, no.
LUCIA. Eso, sí. Monreal le debe todo su porvenir. Yo la debo un afecto tan delicado, que nunca agradeceré bastante.
GENOVE. Usted merece que todos le quieran, y yo no podía ser la excepción.
LUCIA. ¿Cree usted que me quieren todos?
GENOVE. Todos... no lo sé.
LUCIA. ¿También usted duda ahora?
GENOVE. ¿Y quién puede ser el afortunado que posea el cariño de todos? Es un deseo egoísta el suyo.
LUCIA. Todos no me importa ni me interesa. Aquellos a quienes yo quiero, sí. Aquéllos de quienes necesito cariño, cree usted que esos... me quieren todos?
GENOVE. No sé... Quizás... Sin duda deben quererle... Lo merece usted. Pero todos... no sé. No conozco a las gentes. No he aprendido a conocer cuándo dicen verdad ni cuándo me engañan.
LUCIA. Tampoco yo. Los buenos vamos vendidos siempre por la vida.
GENOVE. Por eso no sé qué decirle a usted, si le quieren todos, esos todos que le interesa que le quieran. Sólo sé que yo sí de verdad le admiro... y le quiero.

LUCIA. Gracias, Genoveva. Es usted muy buena. Es usted la mujer transparente que no sabe ni puede engañar. Si todos fuesen así...

GENOVE. Quién sabe. ¡Tal vez lo sean! Tal vez sean mejores que yo.

LUCIA. Hasta luego, Genoveva.

GENOVE. Hasta luego. (*Luciano hace mutis; por la derecha Genoveva, después de seguirle con la vista un instante, se dirige al ventanal y sobre el alfeizar se acomoda. Hay una pausa.*)

ESCENA CUARTA

Genoveva. A poco Don Benigno

(*Después de la pausa, Genoveva habla con alguien que supone que está al pie del ventanal.*)

GENOVE. Quedamos en que no tarda usted... ¿Cuantos...? Conforme, los llevaré en cuenta... ¿Quién, yo?... ¿Una castellana de la Edad Media? Entonces usted ahí a caballo al pie de mi ventana, ¿qué parece? (*Al recibir la contestación del de fuera, Genoveva ríe ruidosamente. Entra Don Beuigno por la primera derecha y se queda mirando a Genoveva.*)

BENIG. ¡Vaya, vaya, vaya, vaya! (*Genoveva se vuelve al oirle.*)

GENOVE. ¿Estaba uste ahí?

BENIG, Aquí mismo.

GENOVE. ¿Y cómo no se acercó?

BENIG. ¿Para qué? El onceno no estorbar.

GENOVE. ¿Estorbar? Estaba despidiendo...

BENIG. Ya, ya sé a quién despedías. Por eso no quise acercarme. Todavía no hace falta el cura.

GENOVE. No le comprendo a usted.

BENIG. ¡Vaya! ¡Vaya! ¡Vaya!

GENOVE. ¿Por qué dice usted tantas veces vaya, vaya, vaya?

BENIG. Genoveva... tú, como yo, entusiasta de aquel

mago poeta que se llamó Rubén... ¿por qué no recitas conmigo:

«La princesa está triste. ¿Qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa...
Piensa acaso en el príncipe de Golconda o de China
o en el que ha detenido su carroza argentina
para ver de sus ojos la dulzura de luz.»

GENOVE. Don Benigno, por Dios... (*Ruborosa.*)

BENIG. Yo sé de una condesita castellana que nunca tuvo amores. Las coplas de sus enamorados se estrellaron en la dureza de la pared de su castillo. Las gentes decían: no tiene corazón; es de hielo su alma. Y era mentira. La condesita esperaba que llegase su caballero del ideal y...

«En caballo con alas hacia acá se encamina.
En el cinto la espada y en la mano el azor,
el feliz caballero que te adora sin verte,
y que llega de lejos, vencedor de la muerte,
a encenderte los labios con su beso de amor...»

. . . .

¿Qué te parece?

GENOVE. No le entiendo a usted. (*Sonriendo.*)

BENIG. ¿De veras? (*Sonriendo.*)

GENOVE. ¿Soy yo esa condesita castellana?

BENIG. ¡Tú misma!

GENOVE. ¿Y estoy enamorada?

BENÍG. ¿No lo sabes? (*Se sienta en un sillón dispuesta a*

GENOVE. No me lo explico. O nunca me he dado cuenta de mis sentimientos, o es ahora cuando no los entiendo. (*Don Benigno se ríe burlonamente.*) Se ríe usted? (*Don Benigno asiente otra vez.*) Sí, hace usted bien, ríase; lo mereceré, sin duda.

BÉNIG. Lo mereces.

GENOVE. ¿Ah, sí? (*Pausa.*) ¿De manera que estoy enamorada?

BENIG. Justamente.

GENOVE. De él... ¿verdad?

BENIG. Ahora lo acabas de decir. Cuando una mujer para referirse a un hombre dice «él», en vez de decir Juan o Pedro, o como se llama, es que ese hombre es todo para ella. «El», ese es el nombre que ponen todas las mujeres al que ellas quieren. Tú acabas de llamar así a uno. Pues ese uno es tu cariño, Genoveva. (*Pausa. Genoveva cruza la escena lentamente, se deja caer en un sillón, y allí rompe en un suave llanto silencioso.*) ¡Lágrimas! Verdad es entonces. (*Se acerca a ella y la habla bondadosamente.*) Vamos, muchacha, no llores. Querer no es pecado. Doctrina de amor es la de Cristo y era hijo de Dios. ¿Ves cómo era verdad?

GENOVE. Sí, señor cura. Sin saberlo yo misma. Sin darme cuenta de lo que era. Así ha sido. Simpatía inexplicable del primer momento. Admiración después, por su nobleza. Interés más tarde, por su causa y por su triunfo. Ansiedad siempre, por su vida y por su hacienda en peligro, y, por fin, colaboración de mi alma con su alma en la obra generosa que le trajo. Y trabajé con él, y muchas veces sostuve su voluntad que desmayaba, y conforté su espíritu que se abatía. No sé... tal entusiasmo he puesto en su obra, tanto cariño, tanta esperanza, que fundida me siento a ella y tal vez mientras en ella me fundía, también mi alma se fundó con la suya.

BENIG. Muy lógico.

GENOVE. Pero no me dí cuenta. Hasta hoy, que las palabras de usted llenaron de claridad mi pensamiento. Me hace mucho daño el saberlo.

BENIG. ¿Por qué?

GENOVE. ¿No lo comprende usted, señor cura? Porque antes pude convivir con él y ayudarle en su obra. Ya no es posible.

BENIG. ¿Por qué, vuelvo a preguntar?

GENOVE. Mi origen... mi posición... mi nombre.

BENIG. ¡Paparruchas! ¿Vas a sacarme a relucir a todos estos venerables varones? ¡Paparruchas, digo!

¡Tu nombre! ¿Acaso él no tiene nombre? El nombre no implica calidad. ¿Tu posición? No hablemos. Es fnfinitamente mejor la suya. ¿Tu origen? Todos somos hijos de Dios.

GENOVE. Verdad dice usted. Nada de eso me importaría; pero... lo otro, sí. Usted lo sabe.

BENIG. ¿Paulina?

GENOVE. Paulina.

BENIG. Pues por ella precisamente es necesario que te acerques más a Luciano. Mira, Genoveva. Casi una confesión ha sido esto entre nosotros. Hasta serio me he puesto. Pues deja que te aconseje. Acércate más a él. Sepárale de esa mujer. No sólo por tu bien, Genoveva, sino por el bien de él, por su vida, hasta por su... Sepáralo de Paulina.

GENOVE. ¿Usted me aconseja?

BENIG. Ya me has oído. Todos los peligros de Luciano en ella están. No sé más. No puedo decirte más... Sepáralo de esta mujer. Ella no le quiere.

GENOVE. ¿De veras no le quiere? Y quiere a otro tal vez.

BENIG. No sé. No sé nada. No me preguntes.

GENOVE. ¡Ah, sí! ¡A Julián! ¡Al hijo del tío Zorro! Pero ¡qué tonta he sido, Dios mío! ¡Cómo no supe recordar! Razón tiene usted, señor cura. Luz en mi alma han sido sus palabras. Luz que me han hecho ver claro y ya lo sé todo. Le arrancaré de ella con mi cariño y con mi vida.

BENIG. Esta es tu obra. Cúmplela.

GENOVE. La cumpliré.

ESCENA QUINTA

Genoveva, Benigno, Don Fadrique y Don Saturio (Estos por la primera izquierda.)

FADRI. Ya estamos listos.

SATU. En marcha, señor clérigo.

BENI. ¿Vamos por fin al Soto Alto?

FADRI. Sí, señor; pero volvemos enseguida.

GENOVE. ¿Han terminado ustedes el programa?

FADRI. Don Saturio lo ha redactado. *(Saca del bolsillo un papel y lee)*: «Festival para la inauguración del embalse del Soto Alto, que se celebrará en la muy noble y muy leal dos veces invicta, cuatro veces heroica y siempre fiel ciudad de Monreal del Conde. Programa. Primero: Al amanecer, vuelo general de campanas y diana por la banda de la Sociedad la «Lira regeneradora», que recorrerá las calles ejecutando alegres pasodobles.

BENI. Festejo sistema despertador.

SATU. Segundo: A las nueve de la mañana, reunión de personalidades en la Casa Consistorial y salida de la procesión cívica, acompañada por la banda. Lo que sigue es ya en el Soto Alto.

GENOVE. Muy bien.

SATU. Tercero: Subida de los invitados a la tribuna.

BENI. Muy bonito festejo. Como siga el programa así, estoy viendo que van a venir muchos forasteros.

SATU. Cuarto: Discuso del ilustre doctor en Medicina y Cirugía, médico titular de Monreal del Conde, Don Saturio Miragallo...

BENI. ¿Pero... usted es ilustre?

SATU. Aunque a usted le moleste, sí, señor.

GENOVE. No interrumpa, señor cura; déjele usted leer.

SAUU. Discurso, etc., etc., etc., etc., etc. Soy yo; ya lo he leído antes.

FADRI. Siga, siga.

SATU. Discurso, etc., etc., etc., sobre el siguiente tema: «Ventajas de regar los campos de regadío. Importancia del agua en el riego de los mis-

mos.» Quinto: Misa de campaña, en la que oficiará el párroco de Monreal del Conde, Don Benigno Bonete.

BBNI. Alto ahí. ¿Conque en la que oficiará el párroco...? No, señor. El ilustre doctor en Teología, párroco. Yo no soy menos que usted.

SATU, ¡Hombre, por Dios! ¡Esto es intolerable! ¡Ilustre un cura! ¡De ninguna manera. No paso por ello.

BBNI. O me hace usted ilustre o no hay misa.

SATU. Le pondré a usted si quiere virtuoso, y gracias.

FADRI, Eso es: póngale usted virtuoso y probo.

BENI. Probo, virtuoso e ilustre, o no hay misa.

SATU. Pues que no haya; pero no transijo. Vámonos al Soto.

FADRI. Sí, vámonos, a ver si durante el paseo nos ponemos de acuerdo.

BENI. Yo, en cuanto me ponga ilustre, ya estoy conforme.

FADRI. Vamos, que por el camino se arreglará todo. (*Hacen mutis todos, menos Genoveva, por la derecha. Al quedar sola la escena, Genoveva se dirige al ventanal y sobre el alfeizar se acoda. A poco entra Paulina.*)

ESCENA SEXTA

Genoveva, y a poco Paulina

GENOVE. ¿De dónde vienes?

PAUL. De arreglar la habitación del señorito Alfonso. (*Va a hacer mutis, pero Genoveva la detiene.*)

GENOVE. Espera. Tengo que hablarte. (*Se detiene Paulina y aguarda silenciosa. Genoveva va hacia la mesa.*) Sí, tengo que, pero... no sé... cómo empezar. (*Genoveva no sabe ciertamente cómo empezar. Coge un libro, lo deja otra vez; se sienta.*) Y es necesario que lo diga... sí... es preciso. En fin, sea (*Se levanta*) sin ningún rodeo, sin ninguna vacilación más; francamente, rudamente.

Paulina, tú no puedes casarte con Luciano. (*Ha lanzado esta frase con toda la energía que necesitó reconcentrar en sí misma para prounciarla. La recibe Paulina con una violenta sorpresa.*)

PAUL. ¿Por qué?

GENOVE. Porque quieres a otro...

PAUL. ¿Que yo...? ¿A otro...? No es verdad.

GENOVE. Sí lo es. No mientas. En otro hombre tienes tú puesta la voluntad.

PAUL. ¡Es mentira...! ¡Es mentira...! ¡Lo juro!

GENOVE. No jures, que será falso tu juramento, como tus palabras, y el cielo debiera castigarte.

PAUL. No miento, no.

GENOVE. Sí. ¿Y por qué le engañas? ¿A qué infamia quieres arrastrarlo? ¿A qué deshonra le llevas contigo? Pero no será. Entre él y tú, me cruzo yo.

PAUL. Es que él me quiere.

GENOVE. De ese cariño yo le sabré curar.

PAUL. Es que yo soy su vida.

GENOVE. No, tú eres su muerte. Todos los peligros de Luciano están en ti. ¡Pero es que tú no sabes que yo estoy dispuesta a defenderle!

PAUL. Nada podrá usted contra mí. Me quiere tanto que por mí lo perdería todo.

GENOVE. Pues por mí, lo salvará todo. ¿No sabes que le quiero? Pues sí, le quiero.

PAUL. ¿Usted?

GENOVE. Le quiero. Hasta hoy fuí cobarde porque no supe que le quería. Pero ya no lo soy. Es una fuerza inmensa la que da el amor. Mi amor santo le salvará de tu amor infame. Tú quieres a Julián, sólo a él, ¿por qué lo niegas? Fuiste su novia un tiempo, y había entonces risa en tu boca y alegría en tu cara, y luz en tus ojos. Hasta que te dejó. Tarde sin duda, cuando ya te hubieron robado el alma sus palabras. Y desde aquel momento no hubo paz en tu vida, ni más alegría en tu cara. ¿Cómo hasta hoy no he recordado todo ésto? Pero al fin lo recuerdo para salvarle. A Julián quieres tú. Suya es tu alma. En él has puesto tú la voluntad, y en ti ha pues-

to él toda la pena del abandono. Esta es la verdad, ésta sola, y mientes cuando lo niegas. (*Durante estas frases de Genoveva, Paulina ha ido sufriendo una transición su amor escondido. Èl íntimo pesar del abandono brota al fin al exterior en un llanto que no pudo contener.*)
Ya ves cómo era verdad que sentías.

PAUL. (*Llorando.*) Era verdad, sí. Pero no soy mala, señorita, no soy mala. Sí que quiero a Julián; le quiero; él me perdió...

GENOVE. ¡Paulina!

PAUL. Me abandonó después. Me amenaza ahora con publicar a gritos mi deshonra, mi vergüenza, si yo no le obedezco. Quieren la deshonra de Don Luciano, quieren su vida, su fortuna también...; me tienen presa a su voluntad padre e hijo.

GENOVE. ¡Infames! ¡Infames!

PAUL. Pero yo no soy mala, señorita. Yo no quise engañar al señorito Luciano; yo le huía; yo le evitaba, y sólo a la fuerza podía engañarle. Perdóneme usted, señorita. Pedóneme. Yo quiero marcharme muy lejos, donde no me alcance la venganza del Zorro ni el desprecio de todos.

GENOVE. Vete, sí. Esto es mejor, y desde cualquier sitio dodde estés acude e mí, que yo sabré defenderte contra la vida.

PAUL. ¿Peao me perdona usted? ¿No me desprecia?

GENOVE. ¡Despreciarte yo! ¡No, Paulina, nunca! (*Ambas se abrazan llorando.*)

ESCENA SÉPTIMA

Dichas y Luciauo

PAUL. ¡Don Luciano! (*A Genoveva en voz baja.*) (*Entra Luciano por la derecha y se sorprende al ver al sítuación en que se encuentra a las dos mujeres. Con la mirada interroga a las dos. Ellas pretenden vanamente disimular. Genoveva tiene una forzada sonriza, y dice:*)

GENOVE. Ya lo sabes, Paulina. Haz lo que te dije, y nada

más. (*Paulina preiende retirarse. La sujeta Luciano.*)

LUCIA. No te vayas, Paulina. ¿Qué pasa aquí? No finjan. Algo grave ocurre, y quiero saber lo que es.

GENOVE. ¿Qué ocurre algo grave? Se equivoca usted, Luciano.

LUCIA. No me equivoco. Usted no sabe mentir. Falta firmeza en su acento. Huellas de lágrimas hay en sus ojos, y en los tuyos, Paulina, hay lágrimas todavía.

PAUL. Ha llorado; sí, ahora mismo, pero...

GENOVE. Culpa mía ee su llanto,

LUCIA. ¿Culpa de usted?

GENOVE. De mis rarezas, de mis pensamientos. Estábamos solas, un poco triste yo, sin saber por qué, sin razón acaso, y la he dicho tristezas mías. La he contado mis sueños, tristes también, y sobre todo, el último, un sueño que anoche tuve y que me ha hecho llorar al recordarlo ahora. Paulina se ha entristecido conmigo, y conmigo ha llorado. ¿No es verdad?

PAUL. Eso mismo fué, señorita. Me dió mucha pena lo que me dijo y lloré con toda mi alma.

GENOVE. ¿Pero me perdonas, verdad?

PAUL. ¡Por Dios, señorita!... (*Genoveva cruza la escena por delante de Luciano y va en busca de Paulina.*)

GENOVE. ¡Dame un abrazo! Perdóname que te haya hecho llorar. (*Se abrazan las dos.*)

PAUL. (*Aparte.*) Adiós, señorita. Sálvelo usted. Que se vaya lejos, que la matarán si no. Adiós para siempre, señorita. (*Genoveva le da un beso y Paulina hoce mutis.*)

ESCENA OCTAVA

Genoveva y Luciauo

LUCIA. No lo hubiera creído yo.

GENOVE. ¿El qué?

LUCIA. Esas tristezas de usted, esos sueños amargos.

GENOVE. Pues es verdad.

LUCIA. ¿Usted? ¿Tenía usted oculto en el alma un mundo de pesares? ¡No hubiera podido sospecharlo.

GEVOVE. Y sin embargo, así es. (*Pausa. Genoveva va hacia el ventanal y allí se queda asomada mirando al exterior. Luciano se acerca a la mesa, mira unos papeles, los deja y se acerca a Genoveva.*)

LUCIA. ¿Qué mira usted, Genoveva, la puesta del sol?

GENOVE. En este momento sólo es cuando se le pueda mirar fijamente. Y eso que ahora parece más intenso que en todo el día. Mírelo usted. Ascue viva parece.

LUCIA. Una inmensa hoguera de fuego. Es un sol de pasión. Yo lo tengo comparado a una amante que se abrasa en amor.

GENOVE. En amor por la luna. (*Riendo forzadamente.*)

LUCIA. Por la luna blanca y fría que como una mujer coqueta se ofrece siempre para no entregarse nunca. En su busca va siempre el sol, ardiendo en deseos, prendido en llamas, mientras ella lo sonríe y le huye.

GENOVE. ¿Siempre?

LUCIA. Sí.

GENOVE. ¿Y no le busca ella jamás?

LUCIA. Alguna vez... En un eclipse lo ví yo. La luna se acercaba al sol, a su encuentro iba y... pude verla sobre él, contra él, fundida en él, que la rodeaba con sus brazos de fuego y la formaba una corona de llamas.

GENOVE. ¡Qué hermoso es!

LUCIA. Sí, muy hermoso; pero no me gusta ver el sol cuando se pone. El crepúsculo tiene la tristeza de todas las cosas que acaban. El sol de la mañana tiene todas las alegrías de la vida. La auro-

ra es una sonrisa, Genoveva. El ocaso, una lágrima.

GENOVE. Es veidad. (*Genoveva viene a sentarse en primer término. Luciano desde el foro dice:*)

LUCIA. En fin, ¡Genoveva!

GENOVE. ¡Qué!

LUCIA. Quiero saber de sus penas. Dígame usted ese sueño que tuvo anoche.

GENOVE. ¿Usted quiere saberlo?... ¡No!

LUCIA. ¿Por qué no? (*Se acerca Luciano y se sienta junto a ella.*)

GENOVE. Y sin embargo, debe usted saberlo. Es preciso, es forzoso, que lo sepa usted. Ahora..., mañana...

LUCIA. ¡Ahora! ¡Dígamelo!

GENOVE. ¡Mi sueño!... Verá usted. Es muy vulgar. Veía yo un castillo. Un viejo castillo, medio en ruinas. Era la mansión de una condesita castellana... Un día llegó al caetillo un viajero. De aquellas tierras era. Pero muy joven marchóse de allí, y volvía ahora de muy lejos, de otras tierras donde luchó mucho. Sabedor era de todos los dolores y triunfador de todos los quebrantos. La castellana le recibió con júbilo, y él la contó sus grandes anhelos y sus esperanzas. (*Sin mirar a Luciano, como abstraída, recogida en si misma suavemente como si fuera xeıdad el sueño, como si en este momento lo soñara. Así continúa contándolo Genoveva.*) Quiso ella ser su aliada para todo. Y puso en él entusiasmo y devoción. Amor no, porque él había puesto en otra su cariño. Tanto cariño puso en la otra el viajero, que quería llevarla consigo para siempre y formar con ella su nueva vida. ¡La ruina y la desgracia hubiera sido esto!

LUCIA. ¡Genoveva! (*Ella no le oye ni contesla, sigue eu sueño.*)

GENOVE. Pero el hada buena protege siempre a los limpios de corazón. Y se acercó suavemente a la castellana y la hizo saber el oculto secreto. ¡Sálvale—le dijo—, sálvale tú, que bien le quieres!

Y le salvó sin el saberlo, porque una tarde, en que el sol al morir tenía llamaradas de pasión, supo la castellana hablar al alma de aquella mujer y alejarla del viajero para siempre... Más tarde supo también decirle a él: No estaban tu amor y tu reposo donde creiste hallarlos. Y en torno tuyo no sabes encontrar quien te los dé; marcha muy lejos a buscar sosiego y procura olvido. Pero lejos de ella, porque ella te mentía. Lejos de ella, que se ofrecía tuya cuando ya fué de otro. (*Con gran emoción ha seguido Luciano la segunda parte de esta relación. Al oir la frase última se levanta nervioso, febril y grita ronco de ira.*)

LUCIA. ¡Qué! ¡Paulina! ¡Paulina! (*Genoveva se levanta tambien.*)

GENOVE. ¡No vendrá! ¡No puede venir! ¡Marchó para siempre!

LUCIA. ¿De otro ella?... ¿De otro? Esto es horrible. (*Cae en un sillón llorando.*)

GENOVE. ¡Luciano!

LUCIA. Todos contra mí en la vida. Todos en mi dano.

GENOVE. Menos yo.

LUCIA. Usted no, porque es usted toda bondad. Pero los demás... ¿Qué daño les hice para que así me hieran? (*Se oye en esto un murmullo de vocerío lejano que va aproximándose.*) Marcharé de este pueblo, que sólo dolores me ofrece. Volveré de nuevo a las tierras que me hicieron feliz; solo otra vez, y ahora para siempre.

GENOVE. Solo no. Mi alma ha de seguirle al fin del mundo. ¿No fuí antes su estímulo? Pues quiere serlo siempre, de cerca o de lejos, para curar sus heridas, para aliviar sus dolores, para sostener su esperanza. No mire usted hacia atrás, Luciano. El ayer no existe. El mañana puede ser nuestro.

LUCIA. ¡Nuestro! ¡Sí! ¡Nuestro! ¡Yo no puedo caer rendido todavía. Lucharé más, más. ¡Oh, calle usted!... (*El vocerío va en aumento. Son gritos de lamentación y de ira.*) ¿Qué voces son esas?

GENOVE. ¡Dios mío! (*Los dos corren al ventanal.*)

LUCIA. Es una masa enorme de gente que corre por las laderas.

GENOVE. Hacia el pueblo corren.

LUCIA. Huyendo van todos. ¿Pero de qué huyen?

GENOVE. ¡Dios mío, Dios mío!

LUCIA. Es preciso saber que es esto. (*Va a salir cuando entran Don Fadrique, Saturio y Don Benigno.*)

ESCENA NOVENA

Dichos Don Fadrique y Don Benigno

FADRI. ¿A dónde va usted?

BENIG. No salga, don Luciano.

GENOVE. ¿Qué pasa, padre?

BENIG. No salga usted ahora.

FADRI. Una cosa horrible, una infamia inaudita. El embalse, nuestra obra...

LUCIA. ¡Acabe usted, por el cielo!

FADRI. Las gentes del Zorro han destrozado un muro...

LUCIA. ¿Qué? ¡Destrozado!

FADRI. Han abierto una brecha.

LUCIA. ¡Canallas!

FADRI. El agua las ha precipitado como una tromba, destruyéndolo todo, arrasándolo todo.

LUCIA. ¡Canallas! ¡Canallas!

BENIG. ¡Una ruina! ¡Una catástrofe!

GENOVE. ¡Virgen santa!

LUCIA. ¡No puedo más! ¡Yo puedo más! ¿Y ese pueblo, qué hace? ¡Castilla! ¡Hasta cuándo tu esclavitud! Quejas y llanto son tu vida porque los brazos fuertes que siegan los trigales no han sabido segar de un golpe las siete cabezas de la hidra.

GENOVE. ¡Luciano! ¡Luciano!

LUCIA. ¡Lejos de aquí! Lejos para siempre.

ESCENA DÉCIMA

Dichos y Don Saturio

SATUR. (*Dentro.*) ¡Señor conde... señor conde!
FADRI. ¡Es don Saturio!
SATUR. ¡Justicia, Don Luciano, justicia!
FADRI. ¿Qué dice usted?
SATUR. Justicia una vez, por fin. El pueblo loco de ira, asaltó la casa del Zorro clamando venganza, y es una hoguera su vivienda.
LUCIA. ¿Y él? ¿Y el Zorro?
SATUR. ¿El Zorro? Arrastrado por la turba a lo largo de las calles.
LUCIA. ¡Genoveva! Segaron ya el cuello de la hidra. La tierra muerta resucita. Ahora sí que la semilla germinará por fin.
GENOVE. ¡Luciano, el mañana es nuestro!
LUCIA. ¡Nuestro! De los dos unidos... Ahora, sí trabajaremos con fe.
GENOVE. Con entusiasmo.
LUCIA. Con amor, Genoveva. Amor para todos.

TELON

Obras del mismo autor

La conquista del pan, zarzuela en un acto en colaboración con Benito Marín Ruiz, música del maestro Bracamonte.

Mañanita de Mayo, sainete de costumbres malagueñas, en un acto, en colaboración con Benito Marín Ruiz, música del maestro Riera.

Gaviotas, comedia en tres actos, en colaboración con Juan López Núñez.

Rincón de Castilla, comedia dramática en tres actos, en colaboración con Luis de Armiñán Odriózola.

Tierra muerta, comedia dramática en tres actos.

PRECIO: 3 PESETAS